







España

HISTORIA DE LA LITERATURA ESPAÑOLA

DESDE LOS ORÍGENES HASTA EL AÑO 1900

*«Quid dignum memorare tuis, Hispana, terris
Vox humana valet?»*

(Claudio: LAUS SERENAE.)

OBRAS PUBLICADAS
POR
LA ESPAÑA MODERNA

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura Española, 10 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura Francesa, 9 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Waliszewsky.—Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa (5 volúmenes), 34 pesetas.

FR/14928

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HISTORIA

DE LA

LITERATURA ESPAÑOLA

DESDE LOS ORÍGENES HASTA EL AÑO 1900

POR

JAIME FITZMAURICE-KELLY

C. de la Real Academia Española.

TRADUCIDA DEL INGLÉS Y ANOTADA

POR

ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

CON UN ESTUDIO PRELIMINAR

POR

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

Director de la Biblioteca Nacional.



MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7

R 7.309

3.318
Bill.

ES PROPIEDAD

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Tutor, 22.—Teléfono 2.000.

11.137

España

PRÓLOGO

Confieso que siempre he profesado, en cuanto á los Manuales y Epítomes de cualquier arte ó ciencia, aquel viejo y trillado aforismo *compendia sunt dispendia*, no sólo porque hacen perder tiempo á quien los escribe, sino porque sirven de poca ayuda, y aun suelen extraviar á quien por ellos pretende adquirir recto y adecuado conocimiento de las cosas. Sólo la investigación propia y directa puede conducir á este fin, tanto en las ciencias históricas como en todas las demás que tienen por base la observación y la experiencia. Con ser tan elemental esta verdad, conviene inculcarla en la mente de nuestros estudiosos, puesto que en España, más que en ninguna parte, se abusa de los fáciles medios de enseñanza que, simulando el conocimiento real, llegan á producir una ilusión doblemente funesta, y aun suelen incapacitar al sujeto para toda labor formal y metódica. Al empleo continuo (que muchas veces degenera en mecánica repetición) de los llamados *libros de texto*, de los programas y de los apuntes de clase, se debe, en mi concepto, más que á ninguna otra causa, la actual postración de nuestra enseñanza dentro y fuera de las escuelas oficiales, con las honrosas excepciones que deben establecerse siempre en tal materia. El hábito vicioso de no estudiar en las fuen-

tes, de no revolver por sí mismo cuestión ninguna, de tomar la ciencia como cosa hecha y dogma cerrado, basta para dejar estéril el entendimiento mejor nacido y encerrarle para siempre entre los cancelos de la rutina. Nadie posee ni sabe de verdad sino lo que por propio esfuerzo ha adquirido y averiguado, ó libremente se ha asimilado. Descansar sobre el fruto de la labor ajena, por excelente que ella sea, parece indigna servidumbre, contraria de todo punto al generoso espíritu de independencia que en sus días más fecundos acompañó inseparablemente al pensamiento español. Y no se ha de entender que esta censura alcance sólo á los rezagados partidarios de la tradición mal entendida, sino que de igual modo recae sobre los espíritus abiertos con demasiada franqueza á cualquiera novedad, por el solo hecho de serlo ó parecerlo.

Pero con esta salvedad indispensable, hay que reconocer que tienen los compendios, cuando están bien hechos, diversos géneros de utilidad, que en ocasiones puede ser altísimo mérito. Sirven principalmente para recordar lo sabido, presentándolo en orden sistemático y haciendo el inventario de la ciencia en cada momento de su historia. Si el investigador corre el peligro de perderse entre las nociones dispersas y los hallazgos parciales, un buen Manual, que nunca podrá sustituir á las monografías, tiene en cambio la ventaja de dar á los resultados de ellas su propio y justo valor dentro del cuadro general de la ciencia. Hasta el más docto en cualquier ramo del saber, no puede serlo por igual en todos los puntos que abraza: en muchos necesita de ajena indicación y guía, y aunque no hicieran otro bien este género de libros que mostrar las fuentes y evitar lecturas inútiles y pesquisas ya hechas, sería patente el provecho que de ellos pueden

sacar aun los más presumidos de originales y más desdeñosos del concurso ajeno.

No ha de olvidarse tampoco que la creciente difusión de la cultura ha multiplicado las necesidades intelectuales, forzando á todo espíritu científico ó meramente reflexivo á enterarse de muchas cosas que no tocan directamente al arte ó ciencia que cada cual profesa, pero que son indispensables dentro de la educación humana, si no ha de torcerse y viciarse con cualquier género de exclusivismo, engendrador fatal de toda pedantería é intolerancia. Claro es que este género de nociones no se adquieren sólo en los tratados elementales, y el que no haya visto otra cosa nada sabrá con fundamento; pero á lo menos despiertan la curiosidad y preparan y capacitan la mente para recibir la sólida nutrición de los hechos y de sus leyes. Así, en el caso presente, puesto que de historia literaria se trata, lo que más importa, no sólo al que la profesa, sino al mero aficionado, no son los libros de crítica, sino los mismos monumentos literarios contemplados cara á cara como los de otro arte cualquiera. Pero no hay museo sin catálogo, ni es pequeño mérito hacer un catálogo bueno. La insensatez sería imaginar que la descripción más completa, el inventario más minucioso, el más elocuente discurso, pudieran suplir en ningún caso la visión directa de la obra de arte ni la impresión personal que en cada uno de los contempladores deja. Duele decirlo, pero es forzoso: la historia de la literatura, tal como entre nosotros suele enseñarse, reducida á una árida nomenclatura de autores que no se conocen, de obras que no se han leído, ni enseña, ni deleita, ni puede servir para nada. Hay que sustituirla con la lectura continua de los textos clásicos y con el trabajo analítico sobre cada uno

de ellos. El Manual puede servir de preparación, de ayuda, de recordatorio; pero siempre ha de ser un medio, jamás un fin.

Y conviene, además, que este instrumento de trabajo sea lo más perfecto posible y se renueve continuamente, siguiendo todos los progresos de la ciencia. Los estragos que causa un Manual atrasado de noticias, pobre en los juicios, incoherente y superficial, son á veces irremediables. Debe tener, además, ciertas condiciones literarias que permitan leerlo seguido, una vez por lo menos, antes de convertirse en libro de consulta.

Si en todas materias importan estas condiciones, en historia literaria son indispensables. Porque la historia literaria se ha renovado enteramente en nuestros días, y, salvo muy calificados precedentes, puede decirse que es una creación del siglo XIX. Tal como hoy la entendemos, juntando el sentido estético con la curiosidad arqueológica, poniendo á contribución la psicología y la sociología, está ya tan distante de sus modestos orígenes, que parece una nueva y genial invención, una ciencia nueva que de otras muchas participa y con sus despojos se enriquece.

Antiguamente la crítica de los autores, estudiados por lo común bajo la mera relación del estilo, solía englobarse en los tratados de preceptiva, á modo de comprobación experimental de la doctrina retórica que en ellos se inculcaba (así Blair, Batteux, Hermosilla...), ó bien servía de introducción á los florilegios y crestomatías de poetas y prosistas, como vemos, sin salir de España, en las dos excelentes colecciones de Quintana y Capmany, que todavía no han envejecido ni han sido sustituidas por otras mejores, ó en los discursos preliminares que el abate Marchena y

D. Manuel Silvela pusieron á sus respectivas antologías, publicadas en Burdeos casi simultáneamente y como en competencia. Existían, además, entre nosotros, eruditos y voluminosos libros á tenor de la *Historia literaria de Francia*, de los Benedictinos, ó de la de *Italia*, de Tiraboschi, aunque ni remotamente podían competir con estos dos egregios monumentos de ciencia sólida y erudición vastísima, que ven pasar una edad y otra sin que se conmueva su indestructible fundamento. Ni el fárrago de los Padres Mohedanos, que no llegaron siquiera á acabar la época hispano-romana, por haberse distraído en impertinentes disertaciones, ajenas de todo punto á la literatura; ni la temeraria y superficial, aunque á veces ingeniosa, y no siempre desacertada, apología del abate Lampillas; ni otras tentativas todavía menos felices, podían sacar la historia de nuestras letras del caos en que yacía, á pesar de la buena voluntad y loable patriotismo de sus autores. Nuestra única historia literaria continuaba siendo la grande obra bibliográfica de don Nicolás Antonio, admirable para su tiempo, pero que ya en el siglo XVIII parecía incompleta y requería corrección y aumento, que debió, en parte, á las investigaciones de muchos eruditos de aquella centuria, autores de bibliografías y de monografías dignas de encomio. La arqueología literaria recordará siempre con respeto el nombre del Padre Sarmiento, autor del primer ensayo formal sobre los orígenes de nuestra poesía, y todavía más el nombre de D. Tomás Antonio Sánchez, primer editor y comentador de los poetas anteriores al siglo XV, tarea en que mostró condiciones de método y crítica muy superiores á su tiempo. En otro género, Moratín abrió largo camino con su memorable libro de los *Orígenes del teatro*, que junta al

atractivo de las noticias enteramente peregrinas cuando él escribía, los aciertos de una crítica sana y discreta, aunque algo limitada y poco expansiva, y la gracia insuperable de una prosa que es modelo de tersura y sencillez elegante.

Pero con la excepción casi única de Moratín, que buscaba principalmente en su tarea erudita algún solaz para su ánimo, tan contristado y melancólico en sus últimos años, hubo una especie de divorcio entre la crítica que pudiéramos llamar retórica y la arqueológica. Mientras la primera se limitaba á elogiar ó censurar algunas obras (que siempre solían ser las mismas), basando el juicio en ciertos preceptos tenidos entonces por infalibles (sentido que todavía persiste en las anotaciones de Martínez de la Rosa á su *Poética*), la segunda solía prescindir sistemáticamente del valor de la forma, y aun daba entrada en el cuadro de la literatura á todo género de producciones científicas ó meramente útiles, estimándolas á todas como documentos curiosos de los siglos pasados, sin preocuparse para nada de su valor intrínseco.

Vino á cambiar el aspecto de las cosas la aparición y difusión de la nueva disciplina llamada Estética ó Filosofía de lo Bello, que, reintegrando el valor del elemento puramente artístico, trajo un nuevo concepto de la literatura, dentro del cual vivimos, y que muy pronto hubo de manifestarse en las nuevas historias que primeramente en Alemania y luego en los demás países comenzaron á escribirse, siendo de las primeras y más leídas la del kantiano Bouterweck, en que se concedió notable espacio á las literaturas castellana y portuguesa, mostrándose el autor bastante versado en la primera, y todavía más en la segunda. Siguió muy de cerca sus huellas, sin mejorarle casi

nunca, el ginebrino Sismondi en su *Historia de las literaturas del Mediodía de Europa*, libro muy ruidoso en su tiempo y ya olvidado, no sólo por lo insuficiente de sus datos y la gran cantidad de sus errores, sino por el punto de vista estrecho y fanático en que el autor se coloca, con todo el fervor de la intolerancia protestante más enconada.

La decadencia del pensamiento español había llegado á tal punto en el primer tercio del siglo XIX, que á falta de una historia de la literatura nacional que nadie se cuidó de escribir (puesto que el único que era capaz de hacerla, es decir, D. Bartolomé J. Gallardo, se pasó la vida acumulando inmensos materiales que á todos han aprovechado menos á él), se tradujeron primero la obra de Bouterweck y luego la de Sismondi, á pesar de los crasos errores en que abundan una y otra, y de las injurias al nombre de nuestra patria que tanto afean las páginas de la segunda. Fortuna fué, en medio de todo, que cayesen en manos de buenos traductores, que añadieron mucho y rectificaron bastante, con lo cual se atajaron algunos inconvenientes y se remedió la necesidad del momento.

Cuando la enseñanza de la historia literaria que ya habían profesado, aunque por breve tiempo, Estala y otros en los antiguos Estudios de San Isidro, fué renovada por el plan de 1845, y entró en el cuadro general de las asignaturas universitarias, el mismo Director de Instrucción Pública que redactó aquel plan, encontró muy útil, y asimismo muy lucrativo para él, componer un libro de texto é imponerle á todos los establecimientos del Reino. Así nació el *Manual de Literatura* de D. Antonio Gil y Zárate, que ha servido de texto á varias generaciones de estudiantes, y que por sus condiciones didácticas merece rela-

tiva alabanza, si se le compara con casi todo lo que ha venido después. Gil y Zárate, que aun en el teatro, su principal vocación, no pasó de una discreta y laboriosa medianía, no tenía, ciertamente, el fondo de erudición y de crítica necesario para escribir un libro de este género; y, en realidad, puso muy poco de su cosecha, limitándose á compilar, muchas veces en términos textuales, las noticias y los juicios que halló en el *Teatro de la elocuencia* de Capmany para los prosistas, en las introducciones de Quintana para los poetas épicos y líricos, en los *Orígenes* de Moratín y en las *Lecciones* de D. Alberto Lista para el teatro. Pero como tales escritos eran de lo mejor que hasta entonces había, el compendio de Gil y Zárate participó de las buenas cualidades de sus modelos, y se comprende que corriera con estimación. Al cabo, los fragmentos zurcidos tenían valor, y era un literato de profesión quien los había ordenado, con cierto criterio tolerante y ecléctico.

Pero no á todos podía satisfacer tan mezquina sinopsis. La literatura española, considerada al principio como un apéndice de la clase llamada de literatura general ó de preceptiva literaria, comenzaba á emanciparse, y se había fundado ya una cátedra especial para su enseñanza. Coincidió con esta novedad universitaria la aparición en lengua castellana de la obra del norteamericano Ticknor, traducida del inglés por D. Pascual de Gayangos y D. Enrique de Vedia, y tan copiosa y doctamente adicionada por los traductores (en especial por el primero, á quien pertenecen casi todas las notas), que podía considerarse como una obra en gran parte nueva. Hoy mismo, el texto original de Ticknor es mucho menos consultado y estimado por los eruditos de todas las naciones que

esta versión española ó la alemana de Julius, enriquecida con un suplemento de Fernando Wolf. Del libro de Ticknor puede decirse mucho bueno y mucho malo, según el punto de vista en que nos coloquemos. Si se le mira como Manual bibliográfico, su mérito fué eminente y su utilidad innegable: las indicaciones que contiene son casi siempre precisas y seguras, aunque en algunos capítulos muy incompletas. Todo trabajo de este género está condenado á envejecer muy pronto, pero el de Ticknor no ha envejecido del todo, y en algunas secciones resiste á la acción destructora del tiempo. Lo que menos vale en él, lo más anticuado y lleno de errores es, sin duda, la historia de la Edad Media; pero téngase en cuenta que ésta ha sido renovada por entero en España y fuera de España durante estos últimos años, y que Ticknor no alcanzó la mayor parte de estos descubrimientos, ni estaba preparado, por su educación exclusivamente clásica, para asimilarse los que ya se habían hecho en su época. Hay en toda la obra una falta de orientación crítica, una vaguedad y superficialidad de pensamiento, una falta de penetración estética, que no pueden disimularse con toda la erudición del mundo. Rara vez pasa de la corteza de los libros; sus juicios son muchas veces de insigne trivialidad, y otras resultan contradictorios hasta en los términos. Amontonadas, además, en breve espacio todo género de obras, buenas y malas, ni las primeras lucen como es debido, ni es posible formarse idea del conjunto, ni creo yo que nadie, y menos un lector extranjero, pueda, sin otro guía que Ticknor, distinguir, en medio de esa confusión, las verdaderas cumbres de nuestra literatura.

No ya autores, sino géneros enteros de nuestra literatura, fueron enteramente inaccesibles para Tick-

nor. De ascéticos y místicos no se hable. Santa Teresa ocupa menos espacio en su historia que cualquier dramaturgo ó novelista de tercer orden. A Fray Luis de Granada se le despacha en una página, y á San Juan de la Cruz en media. Y no es lo peor la concisión, sino la vaciedad de la crítica, y á veces el olvido de nociones muy elementales. De Fray Luis de León dice, por ejemplo, que escribió sus odas en *quintillas nacionales*, confundiendo, por inadvertencia ó por falta de oído, combinaciones métricas tan diversas como las quintillas y las *liras* italianas.

No tienen por objeto estas observaciones disminuir de ninguna manera el justo crédito de una obra en que tanto hemos aprendido los españoles, y que tanto ha servido para dilatar por el mundo la noticia de nuestros varones insignes en letras, y despertar la afición y la curiosidad por nuestros libros. El servicio que Ticknor hizo á la vulgarización de nuestra literatura, sólo puede compararse con el que Stirling hizo á la historia de nuestras artes. La lengua, poco menos que universal, en que escribieron; la misma ligereza de su crítica; la ausencia de toda pretensión dogmática y trascendental, y el conocimiento positivo que tenían de los detalles, les proporcionaron lectores de todo género y en todo país, y prepararon el campo para estudios más severos.

Aunque la obra de Ticknor no hubiera tenido en España más resultado que suscitar indirectamente la aparición de la *Historia crítica* de Amador de los Ríos, primera de su género escrita por pluma nacional, deberíamos estar agradecidos al laborioso y erudito ciudadano de Boston. La *Historia crítica*, que en siete grandes volúmenes llega sólo hasta las postrimerías de la Edad Media, no pertenece al género de los

Manuales, y, por consiguiente, no debemos juzgarla aquí, ni es empresa para acometida en pocas líneas. Saludémosla como un venerable monumento de ciencia y paciencia, de erudición y patriotismo, imperfecto sin duda como todas las obras humanas, y más las de tan colosales proporciones, pero digno de todo respeto por la grandeza del plan, por la copia enorme de materiales nuevos, por la amplitud de la exposición, por los frecuentes aciertos de la crítica y aun por el vigor sintético de algunas clasificaciones. Partes hay en esta vasta construcción que el tiempo va arruinando. Es ley fatal de las ciencias históricas vivir en estado de rectificación continua. El estudio comparado de las literaturas, que en tiempo de Amador apenas había nacido, ha hecho luego tales progresos, y muestra hoy tal pujanza, que por sí solo desata muchas cuestiones imposibles de resolver dentro de una literatura sola. A esta luz se han aclarado muchos enigmas de nuestra poesía épica, de los orígenes de nuestra lírica, de la generación de los cuentos y las fábulas; y en algunas cosas ha cambiado enteramente el punto de vista, y hasta el orden cronológico de los documentos. Pero los mismos adversarios de Amador tendrán que acudir siempre á su obra en busca de armas para impugnarle, rindiendo justo tributo á su labor inmensa y honrada, al tesón férreo de su voluntad, á la natural perspicacia y solidez de su espíritu, ya que no otorguen igual alabanza al estilo por demás enfático y pomposo con que solía abrumar sus doctas enseñanzas.

Coincidió con este grande esfuerzo la *Biblioteca de Autores Españoles*, en cuyos prólogos, muy desiguales por otra parte, se encuentran notables capítulos de historia literaria, y hasta algún período de ella magis-

tralmente tratado. Nada substancial hay que añadir, por ejemplo, á la bella introducción que D. Leopoldo A. de Cueto puso á los poetas líricos del siglo XVIII, y en la cual se contienen además preciosas indicaciones sobre el movimiento general de las ideas en aquella centuria. El *Romancero*, de Durán, tesoro de la tradición épica; la magistral, aunque no terminada, edición de Quevedo, por D. Aureliano Fernández-Guerra; la de Santa Teresa, por D. Vicente de la Fuente; el elocuente estudio de González Pedroso sobre los autos sacramentales; algunos de los tomos de Hartzenbusch relativos al teatro; la introducción de Gayangos á los *Libros de Caballerías*, y hasta los ensayos algo prematuros de Aribau y Navarrete sobre los novelistas anteriores y posteriores á Cervantes, son trabajos que honran la memoria de sus autores, y tampoco son los únicos que en la colección deben recomendarse. No todos los eruditos empleados en ella mostraron el mismo celo y conciencia; pero, en conjunto, la empresa fué altamente meritoria. Mucho falta en ella, y algo sobra; pero si tal publicación no existiese, sería, para la mayor parte de las gentes, tierra incógnita la antigua literatura castellana, que, merced á ella, dejó de ser patrimonio exclusivo de los bibliófilos y entró en la circulación general.

Con los prólogos, buenos y malos, de la *Biblioteca de Rivadeneyra*; con los *Manuales* de Gil y Zárate y Ticknor, y, á lo sumo con algunos extractos de Amador de los Ríos, en lo concerniente á la Edad Media, han venido compaginándose los libros de texto que han corrido con más ó menos fortuna en nuestras aulas. Apenas hay otra excepción apreciable que la no terminada *Historia de la literatura española*, del distinguido profesor de Sevilla Fernández-Espino, que

trató de los prosistas y poetas líricos del siglo xvi, con estudio directo, con buen gusto y crítica acertada en general, ya que no muy nueva y profunda. Pero esta obra quedó suspendida en el tomo primero, y faltan en ella por completo la historia del teatro, la literatura del siglo xvii y la del xviii.

De los restantes, prefiero no hablar, por consideraciones bien obvias. Algunos de sus autores eran capaces de hacer mucho más de lo que hicieron; pero el perverso sistema de nuestra enseñanza, el contagio del medio ambiente, los condenó al deslucido papel de repetidores y rapsodistas. Otros no tenían vocación literaria, y olvidaron hasta el elemental principio de leer los autores sobre cuyas obras pretendían formular sentencia. Era más cómodo hacer críticas con críticas, y de este modo se han venido perpetuando y acrecentando los errores hasta un grado increíble. Ni en esto se advierte gran diferencia entre los Manuales salidos de la Universidad y los que se han escrito fuera de ella. *Iliacos intra muros peccatur et extra*. Noticias mandadas recoger hace medio siglo; juicios estereotipados de la antigua preceptiva; vaguedades ampulosas, con disfraz de filosofía: tal es el desabrido manjar que suele ofrecerse á nuestra juventud, en sustitución de la más amena de las enseñanzas. Ni siquiera puede consolarse con la lectura de los textos, porque entre nosotros (vergüenza da decirlo) apenas se conocen las ediciones críticas para los estudiantes, ni siquiera las crestomatías bien anotadas; y las pocas y ya antiguas que tenemos, por raro caso llegan á sus manos. ¿Quién nos dará, por ejemplo, algo que se parezca al *Handbuch der Spanischen Literatur*, de Luis Lemcke, que Alemania disfruta desde 1855?

Angustia el ánimo la lectura de las compilaciones

á que aludo. De ellas puede decirse con verdad que son mera apariencia y simulacro de libros. Quien por ellas nos juzgue, nos supondrá cuarenta años más atrasados de lo que realmente estamos. Y téngase en cuenta que en el último tercio del pasado siglo la historia de la literatura española ha sido renovada por completo en todos sus géneros y en todos sus períodos, por obra de extranjeros y de españoles, y que este trabajo crítico, lejos de descender, va aumentando con rapidez pasmosa, sin que haya día que de Francia, de Italia, de Inglaterra, de la América anglo-sajona, y sobre todo de la redentora Alemania, á quien debimos la primera y más profunda rehabilitación de nuestro genio nacional, vengan en tropel monografías, tesis doctorales que son libros, ediciones críticas y cada vez más acrisoladas de nuestros clásicos, y hasta bibliotecas enteras y revistas especiales consagradas al estudio de las literaturas de la Península española. ¡Cómo contrasta esta alegre y zumbadora colmena, en que todo es actividad y entusiasmo, con el triste silencio, con el desdén afectado, y hasta con la detracción miserable que aquí persigue, no ya las tareas de los modestos cultivadores de la erudición, que encuentran en ella goces íntimos mil veces superiores á todos los halagos de la vanidad y de la fama, sino lo más grande y augusto de nuestras tradiciones, lo más sublime de nuestro arte, lo más averiguado é incontrovertible de nuestra historia, que suele calificarse desdeñosamente de *leyenda*, como si hubiésemos sido un pueblo fabuloso, y como si la historia de España no la hubiesen escrito en gran parte nuestros enemigos y aun en sus labios no resultase grande!

Designio providencial es, sin duda, que los de

fuera sean los llamados á vengar á la España antigua del vil menosprecio en que la tienen sus descastados herederos. Gracias á esa labor inmensa, que aquí con buena voluntad secundamos unos pocos, tendrá, quien de buena fe los busque, consuelo para lo presente, advertencia y enseñanza para lo porvenir, y logrará el bien inestimable de vivir en comunión con el espíritu de su raza y considerarse solidario de su tradición: lazo sagrado que no se rompe nunca sin tanto daño de los individuos como de los pueblos.

Aliados nuestros son en esta campaña, y tanto más dignos de agradecimiento cuanto son más desinteresados sus esfuerzos, los doctos de otros países que escriben con amor é inteligencia sobre cosas españolas; y con ellos debemos cultivar relaciones cada día más frecuentes y amistosas, pospuesta toda mezquina rivalidad, domada toda sugestión de amor propio, y hasta perdonando, cuando necesiten indulgencia, las asperezas injustas de la crítica, los desahogos de mal humor, los alardes de superioridad petulante, siempre que estos defectos, de crianza y cortesía más que de literatura, vayan compensados con méritos positivos, con servicios y obsequios reales al ídolo de nuestros amores, á la inmortal y desventurada España, en cuyas aras debe consumir el fuego todo sentimiento impuro y menguado, de iracundia ó de vanagloria.

No hay que hacer reserva alguna respecto de hispanistas como el Sr. Fitzmaurice-Kelly, que más bien deben calificarse de *hispanófilos*, y en algún caso de *hispanis hispaniores*, como se ha dicho de algunos críticos alemanes. Años hace tiene ganada entre nosotros una especie de ciudadanía literaria, á la cual le dan pleno derecho su *Vida de Cervantes*, una de las

mejores que en ninguna lengua se han escrito, sus elegantes reproducciones del más antiguo *Quijote* inglés y de la más antigua *Celestina* (traducciones de Shelton y Mabbe), con prólogos que demuestran tan buen gusto como erudición; y sobre todo, su magnífica edición castellana de *El Ingenioso Hidalgo*, donde podemos leer con más seguridad que en otra alguna el texto de la obra inmortal. Trabajos de este género eran la más sólida preparación para el compendio publicado en 1898, obra de poco volumen, como destinada á formar parte de la serie de Manuales literarios del editor Gosse, pero superior en miras críticas y en acierto de ejecución á otras mucho más extensas. Basta leerle, en efecto, para convencerse de que Mr. Fitzmaurice-Kelly posee la materia de que habla, si bien no la domine por igual en todos sus pormenores, cosa difícil de exigir á quien abarca un cuadro tan vasto. La información, muy completa en algunas partes, no lo es tanto en otras: por lo común, la exposición está hecha sobre las fuentes, pero hay puntos en que el autor no ha podido menos de ayudarse de los estudios ajenos, incorporando sus resultados con buen criterio, y valiéndose, en general, de las últimas y más apreciables investigaciones. La bibliografía está al corriente, y es muy poco lo que en ella hay que añadir ó enmendar.

Pero otros méritos mucho más raros y de especie más alta avaloran el libro presente. Fitzmaurice-Kelly no es un árido erudito, sino un fino y delicado literato, un hombre de gusto y de alma poética, que siente con viveza lo bello y lo original, y expresa con elegancia y hasta con calor su entusiasmo estético. Aun en los límites de un compendio logra evitar la sequedad y se hace leer con agrado. Versado en todas las literaturas modernas, y muy especialmente en la fran-

cesa y en la de su país, ameniza su trabajo con curiosas comparaciones, con reminiscencias familiares á los lectores británicos; y traza indirectamente, á la vez que la historia de la literatura española, la de su influencia en Europa y sus relaciones con las demás literaturas, ofreciendo en este punto novedad, singularmente para los españoles. Irlandés y de origen católico el Sr. Fitzmaurice-Kelly, se muestra exento de la mayor parte de las preocupaciones inglesas, más duras y tenaces que las de ningún pueblo, y comprende y estima el carácter peculiar de nuestra civilización, aun en aquello que es antítesis viva del pensamiento y del carácter inglés. Todo el libro deja una agradable impresión de *dilettantismo* artístico, semejante al de las obras de Schack, y aunque no tiene la profundidad de algunas páginas de Wolf y de Clarus, participa del hospitalario y generoso espíritu de la crítica alemana de los tiempos románticos.

Lleva la presente edición española grandes ventajas al original inglés, hasta el punto de poder estimarse como obra nueva. Parte de estas mejoras se deben al autor mismo, que, con loable conciencia, ha sometido el texto á escrupulosa revisión, corrigiendo en él la mayor parte de los descuidos que notó la crítica cuando por primera vez se dió á la estampa, y otros varios que se ocultaron á los censores. Ha tenido, además, este libro la buena fortuna, que pocos logran, de dar en manos de un traductor tan inteligente como modesto, que, además de cumplir su trabajo de intérprete con la mayor bizarría, ha ocultado en la humilde forma de notas un caudal de doctrina propia y bien digerida, de que otros hubieran hecho pomposo alarde en libros que llevaran su nombre. El Sr. Don Adolfo Bonilla y San Martín, uno de los jóvenes de

mayor cultura, de más sólidos y varios estudios, y de mejor dirección crítica que hoy tenemos en España, ha hecho este excelente trabajo como por vía de pasatiempo en sus graves tareas jurídicas y filosóficas, de las cuales hemos visto ya excelentes muestras en algunos opúsculos y en la versión de un diálogo platónico, y tendremos pronto copioso fruto en la *Biblioteca de juristas españoles de la Edad Media* y en el libro que prepara sobre la vida, obras y doctrina del gran pensador valenciano Juan Luis Vives.

Retocado y mejorado en esta forma el *Manual de Literatura Española* por los esfuerzos aunados del autor y del traductor, que han estado en correspondencia asidua mientras este volumen se imprimía, sale á luz sin necesidad de ociosos encomios; y él se abrirá seguramente camino, siendo tan clara la ventaja que lleva á los anteriores, sin excluir acaso el de Ticknor, que es mucho más extenso, pero mucho menos crítico, y que, como quiera que sea, pertenece á una categoría de obras muy distinta.

Aquí pudiera terminar este prólogo, y sin duda ganarían en ello los lectores; pero el honroso encargo que autor, traductor y editor me han confiado, parece que exige de mí algunas palabras más sobre ciertos puntos en que mi opinión difiere de las consignadas en este *Manual*, y sobre algunos vacíos que en él me ha parecido notar. Entiéndase que lo que voy á decir no lleva ni asomos de censura magistral, ni es más que un buen deseo de que este libro logre en las sucesivas ediciones, que probablemente ha de tener, toda la perfección posible. Numeraré estas observaciones para mayor claridad:

I. Tratando por incidencia de la fabulosa *Crónica de Turpín*, se indica como muy probable que los pri-

meros capítulos fueron escritos por un monje español anónimo en Santiago de Compostela. Tal opinión tiene, ó ha tenido, en su favor, la autoridad más grande en estas materias, la de Gastón París en su memorable tesis latina: *De pseudo-Turpino* (1865). Pero hay graves razones que mueven á creer que, aunque el falsario escribía en Galicia, no era español, sino francés: uno de los muchos monjes galicanos que cayeron sobre España como sobre país conquistado, y que sirvieron grandemente á las pretensiones de la Iglesia compostelana. Es imposible que un español ignorase en tanto grado la historia de su pueblo, y que profesase tal odio y aversión á sus compatriotas, y desfigurase de tan odiosa manera sus hechos. Muchos afrancesados hubo en Compostela, allá por los buenos tiempos de Dalmacio y de Gelmírez, pero ninguno llegó á tal extremo. Hay sobre esta cuestión estudios muy dignos de tenerse en cuenta: uno de D. Andrés Bello, en los *Anales de la Universidad de Chile* (1852-58) (1), que llega á atribuir la falsificación al mismo Dalmacio, obispo de Iria, que era francés de nación, como es notorio; y otro de Dozy en la tercera edición de sus *Recherches* (1881), tan semejante al de Bello en argumentos y conclusiones, que sin temeridad puede creerse, no sólo que el famoso orientalista holandés tuvo á la vista el trabajo del grande y modesto profesor americano, sino que le explotó ampliamente, aunque tuvo buen cuidado de no citarle ni una vez sola.

II. La calificación de *vasco*, dada á D. Alonso de Ercilla en un pasaje de la introducción, y no corre-

(1) Reproducido en el tomo VI de la monumental edición de las *Obras Completas* del sabio americano, hecha en Santiago de Chile.

gida en el texto, ha de entenderse de la oriundez y no del nacimiento, puesto que consta por su partida de bautismo (*Boletín de la Academia de la Historia*, tomo XII, 447) que era madrileño, cristianado en la parroquia de San Nicolás. Aun de su padre el jurisconsulto Fortun García se disputa si nació en Bermeo ó en Sevilla.

III. Trata el Sr. Fitzmaurice-Kelly con mucha discreción y pulso la cuestión relativa á la supuesta influencia arábica en la poesía castellana; pero, á mi ver, concede demasiado á los sostenedores de ese mito, suponiendo que el Marqués de Santillana imitó de caso pensado la forma métrica de un *zachal* ó de una *muvaschaja* árabe. No es inverosímil que el Marqués llegara á aprender algo de árabe vulgar, en el tiempo que fué frontero contra Granada; pero los versos que Schack cita, y á los cuales el Sr. Fitzmaurice-Kelly alude, son una de tantas serranillas, cuya filiación y tipo métrico ha de buscarse en la lírica provenzal, ó, mejor por ser más inmediata, en la galaico-portuguesa.

IV. El *Cesáreo* citado como autor de romances insertos entre los de Lorenzo de Sepúlveda, y por cierto mucho mejores que los de ese autor, no es ningún poeta de este apellido, sino un anónimo que se encubrió con el título de «caballero *cesáreo* (es decir, servidor de Carlos V), cuyo nombre se guarda para mayores cosas», y que, por algunos indicios, puede conjeturarse que fué el *magnífico caballero* Pero Mexía.

V. Aun dadas las proporciones exiguas de un compendio, me parece demasiado breve el espacio que en éste se concede á los poemas de *Alexandre* y de *Fernán González*, dignos de consideración, no sólo por su antigüedad, sino por otras circunstancias. El primero

de estos poemas, sea ó no de Berceo (como sostuvo D. Rafael Floranes y vuelve á sostenerse ahora), es la primera aparición de dos temas clásicos, el de Alejandro y el de Troya, en la literatura española, y tiene pasajes escritos con verdadero talento poético y cierta elevación de estilo, aunque el conjunto sea árido y fastidioso. El *Fernán González* vale mucho más, y sus leyendas poco se parecen á las de Berceo. Son leyendas épicas interpretadas y refundidas por un poeta monástico; y como quiera que los primitivos *Cantares de gesta*, relativos á Fernán González, han perecido, y sólo nos queda este *rifacimento* en forma de *mestér de clerezia*, no hay para qué encarecer lo mucho que importa en la historia de nuestra poesía épica histórica.

VI. Mayor espacio hubiera yo deseado también para la *Grande e general Estoria* del Rey Sabio, obra cuya importancia no ha sido aún rectamente aquilataada, y en la cual se hizo mucho más empleo de las fuentes orientales que en la *Crónica general*. Se conoce que el Sr. Fitzmaurice-Kelly no ha tenido tiempo ú ocasión de examinar los pocos y raros manuscritos que de dicha *Grande Estoria* se conservan, aguardando editor ó por lo menos un erudito paciente que la analice por completo, y extraiga de ella todo lo que no procede de la Biblia y de los autores clásicos, sino de libros árabes y acaso hebreos.

VII. Dase por cosa probada que Alfonso «trajo de Córdoba, Sevilla, Toledo y París, cincuenta hombres entendidos para traducir el *Quadripartitum* de Ptolomeo y otros tratados de Astronomía». Nada menos probado ni más improbable que semejante noticia. El número de los astrónomos que intervinieron en las *Tablas Alfonsíes* y en la traducción de los *Libros del saber de Astronomía*, y cuyos nombres se expresan en

los tratados mismos, escasamente pasan de *doce*, ju-
díos los más y cristianos algunos, sin que entre ellos
se haga mención de ninguno venido de París. El in-
ventor de la fábula de los *cincuenta sabios* reunidos en
Toledo, fué el insigne falsario Román de la Higuera,
á cuyas palabras dió incautamente crédito el Marqués
de Mondéjar (*Memorias históricas del Rey Don Alfon-
so el Sabio*, pág. 456). Véanse las disparatadas pala-
bras del jesuita toledano:

«Mandó el Rey se juntasen Aben-Ragel y Alqui-
bicio, sus maestros, naturales de Toledo; Aben Musio
y Mahomat, de Sevilla, y Joseph ben-Alí y Jacob
Ab-vena, de Córdoba, y otros más de cincuenta por
todos, que truxo de Gascuña y de París con grandes
salarios; y mandóles traducir el *Quadripartitum* de
Ptolomeo y juntar libros de Mentesan y Algazel.
Dióse este cuidado á Samuel y Jehudá El Conheso,
Alfaquí de Toledo, que se juntasen en el alcázar de
Galiana, donde disputaron sobre el movimiento del
firmamento y estrellas. Presidían, cuando allí no es-
taba el Rey, Aben Ragel y Alquibicio. Tuvieron mu-
chas disputas desde el año de 1258 hasta el de 1262,
y al cabo hicieron unas tablas tan famosas como to-
dos saben.»

Para graduar el crédito que merecen estas noti-
cias, baste decir que el Aben-Ragel, á quien se supo-
ne maestro del Rey Sabio y Presidente de la Acade-
mia de Toledo en sus ausencias, vivió en Córdoba *en
el siglo XI*, y Alchabitio, que todavía es anterior, es-
taba ya traducido al latín por Juan Hispalense en el
siglo XII. Aben-Musio, Joseph ben-Alí, etc., son entes
de razón. Las *Tablas* no se empezaron en 1258, ni se
terminaron en 1262; consta en ellas mismas que esta-
ban acabadas diez años antes, en 1252. Lo de los pa-

lacios de Galiana, convertidos en observatorio, no deja de ser una romántica y *galana* fantasía del buen Padre.

Me he detenido en este punto, porque siempre es conveniente arrancar la cizaña que en nuestra historia sembraron los impostores del siglo xvii, y hay que estar prevenidos contra sus invenciones, que á veces se han deslizado en libros muy formales. Por lo mismo que Mondéjar es un historiador muy crítico y enemigo jurado de los falsos cronicones y de sus autores, se ha copiado su testimonio sin recelo. La verdadera historia de los libros astronómicos de Alfonso el Sabio está en los libros mismos, que afortunadamente son del dominio público, gracias á la monumental publicación de nuestra Academia de Ciencias Exactas. Allí constan las fechas de cada tratado y los nombres de los intérpretes que tomaron parte en esta memorable enciclopedia científica del siglo xiii.

VIII. Que las leyendas del ciclo bretón fuesen mucho más populares en Galicia y en Portugal que en el resto de la Península, es hecho innegable, pero no por eso podemos afirmar que fuesen «completamente desconocidas en el resto de la Península». Ya en los *Anales Toledanos Primeros (España Sagrada, xxii, 381)*, que terminan en el año 1217, se habla del Rey Artús y de la batalla que tuvo con Morderete. Sabida es aquella picaresca alusión del Archipreste de Hita en la *Cantiga de los clérigos de Talavera*:

Ca nunca fue tan leal Blanca Flor á Flores,
Nin es agora *Tristán* con todos sus amores.

De la Tabla Redonda, «que fue en tiempo del Rey Artús», hay mención en la *Gran conquista de Ultramar*, traducida por orden de D. Sancho IV; y de las

profecías de Merlín en la Crónica del Rey Don Pedro, de Ayala. Mucho más antiguo parece el conocimiento de este ciclo en la literatura catalana, pues ya hay alusiones á él en los famosos versos de Giraldo de Cabrera al juglar Cabra, compuestos por los años de 1170, en pleno reinado de Alfonso II de Aragón, y que contienen una enumeración de las narraciones poéticas más en boga. Pero no hay duda que la primera elaboración española de la *materia bretona*, anterior á los fragmentos del *Tristán* castellano de la Biblioteca del Vaticano (aunque se los pretenda hacer remontar, como quiere Baist, hasta el primer tercio del siglo XIV) son los *Lais de Bretanha* del cancionero Colocci-Brancuti, sobre los cuales ha escrito tan doctamente Carolina Michaëlis.

IX. Al lado del viaje de Ruy González de Clavijo debió hacerse mención del delicioso libro de las *Andanzas y viajes*, del cordobés Pero Tafur, que recorrió muchos menos países y menos incógnitos que los visitados por Clavijo, pero que los describe mucho mejor, y que merece compartir con él el principado de nuestra literatura geográfica del siglo XV, digno prelude de la del siguiente.

X. El *Carro de las donas*, escrito en catalán por Fr. Francisco Eximenis, no es una versión del libro *De Claris Mulieribus*, sino un libro original en que Boccaccio está utilizado como otros muchos autores. El plan y propósito de ambas obras son enteramente distintos.

XI. Ningún autor de verdadera importancia puede decirse que falte en el cuadro que el Sr. Fitzmaurice-Kelly nos presenta de nuestra literatura anterior al reinado de Carlos V; pero hay una inexplicable omisión que no puede pasarse en silencio, por lo mismo

que es tan fácil de subsanar y que todo el mundo ha de reparar en ella. En ninguna parte del libro hay tratado especial sobre los romances viejos: se habla rápidamente de ellos en varios lugares, sobre todo en la introducción; el autor se muestra perfectamente enterado de la materia, y libre de preocupaciones todavía arraigadas en el ánimo de muchos; niega la supuesta antigüedad de estos cortos y bellísimos poemas; les asigna su verdadero puesto en la cronología literaria; apunta su derivación de los *Cantares de Gesta* y de las crónicas, pero todo esto como de pasada, sin insistir en materia tan capital, sin clasificarlos siquiera, sin hacer un estudio, aunque fuese somero, de los ciclos épicos, y prescindiendo casi por completo de géneros enteros como los romances carolingios y los novelescos y caballerescos sueltos. Es de suponer que en las próximas ediciones de su libro conceda el señor Fitzmaurice-Kelly á esta parte tan selecta de nuestro tesoro poético la atención que merece, dedicándola un capítulo entero, sobre la base del admirable libro de D. Manuel Milá y Fontanals (*De la poesía heroico-popular*), cuyo grande espíritu vemos resurgir ahora en los trabajos del joven D. Ramón Menéndez Pidal, digno continuador de los esfuerzos de aquel maestro ejemplar que orientó nuestra crítica en las tinieblas de la Edad Media, y nos enseñó á todos el recto camino y la severa disciplina del método.

XII. El estudio sobre los poetas y prosistas de la época de Carlos V es uno de los trozos más excelentes de la obra que analizamos. La mayor parte de sus juicios están libres de toda controversia. Por mi parte, sólo haré una excepción respecto de Cristóbal de Castillejo, que no me parece bastante estimado por el Sr. Fitzmaurice-Kelly. Se concibe que Quintana, con

su rigor clásico, le escatimara hasta el nombre de poeta; pero un crítico de nuestros días no puede ser insensible al halago de aquellos versos tan fluidos, tan sabrosos, tan picantes y netamente castellanos, en que todo es soltura y donaire. El que prefiriera Castillejo los versos cortos á los endecasílabos, nada prueba contra sus dotes poéticas ni contra el contenido de su poesía. A nadie hay que pedirle cuenta de los metros que usa, sino de la habilidad con que los maneja y del caudal de pensamientos que en ellos vierte. Ni pueden estimarse fútiles, por el mero hecho de estar en antiguas coplas de pie quebrado, composiciones de tanto alcance satírico como el *Diálogo de las condiciones de las mujeres* ó el *de la vida de la corte*, que están llenos de las más audaces ideas del Renacimiento, y parecen inspirados en Ulrico de Hutten y en Erasmo. Castillejo fué, en fondo y forma, mucho mayor poeta que Boscán, Cetina y Acuña, y más que el mismo D. Diego de Mendoza, cuya verdadera grandeza intelectual no ha de buscarse principalmente en sus versos. Castillejo es el Clemente Marot español, y desde este punto de vista debe ser juzgado.

XIII. La agria cuestión entre el Dr. Villalobos y el Comendador griego Hernán Núñez no versó sobre la traducción del *Amphytrion*, de Plauto, hecha por el primero, sino sobre sus glosas á Plinio, como puede verse en las Cartas de Villalobos, publicadas por la Sociedad de Bibliófilos Españoles. Este escritor donosísimo, modelo de prosa familiar, é importante también como vulgarizador científico, merecía mayor espacio del que se le consagra en este Manual.

XIV. El error de Quevedo, en lo relativo á la persona de Francisco de la Torre, no fué tan grande como el Sr. Fitzmaurice-Kelly pondera. En ninguna parte

le confundió con el autor de la *Visión delectable*, ni citó para nada semejante libro, ni tampoco las coplas del *Cancionero general*, porque si las hubiera tenido presentes, la comparación del estilo le habría desengañado. Lo que le descaminó, haciéndole suponer al poeta más antiguo de lo que era, fué un verso de Boscán, que cita, juntamente con otros poetas, entre ellos Garcilaso, «al bachiller que llaman de la Torre». Pero aun así, su buen sentido le infundió alguna sospecha, y por eso añade: «antigüedad á que pone duda el propio razonar suyo, tan bien pulido con la mejor lima destes tiempos, que parece está floreciendo hoy entre las espinas de los que martirizan nuestra habla». Para que todo sea misterioso y contradictorio en lo que se refiere á este dulcísimo poeta, Faria y Sousa dice redondamente: «Consta que fué conocido de Lope de Vega»; y el mismo Lope parece que lo desmiente en el *Laurel de Apolo*, suponiéndole contemporáneo de Garcilaso y celebrado por él. No es materialmente imposible compaginar las dos noticias, pero sorprende tanta longevidad. Acaso Lope quiso decir que Francisco de la Torre era digno de ser celebrado por Garcilaso y de estar á su lado en el Parnaso, ó imaginó con fantasía poética que allí estaban juntos ambos ingenios, y que Garcilaso celebraba al supuesto Bachiller. Ó acaso la especie del conocimiento de Lope de Vega con el incógnito La Torre (especie importante por ser el único testimonio directo que hay de su existencia) sea uno de tantos embustes como abundan en los libros de Manuel de Faria, y especialmente en sus comentarios á Camoens.

XV. Ha sido ligera distracción calificar de sevillano á Luis Barahona de Soto. Consta que nació en Lucena, estudió en Osuna y murió en Archidona. La

averiguación de su verdadera patria ya la hicieron Gallardo y D. Aureliano Fernández-Guerra, y de las andanzas de su vida dará cuantas noticias pueden apetecerse el hermoso libro de D. Francisco Rodríguez Marín, premiado por la Academia Española y actualmente en prensa. Allí aparecerá también completa la colección de sus poesías líricas, casi todas inéditas, pero dignísimas de salir de la obscuridad, porque son de lo mejor de su tiempo. Además, el señor Rodríguez Marín demuestra plenamente, á mi juicio, que Barahona es el autor de los *Diálogos de Montería*, publicados como anónimos por la Sociedad de bibliófilos españoles.

XVI. Ya que se habla del *Carlo Famoso*, de don Luis Zapata, y se maltrata, como es debido, aquel fastidioso é ilegible poema (reprobación que debe extenderse á los demás versos impresos y manuscritos del mismo autor), convendría decir que este descaminado versificador tuvo la suerte de dejar un libro en prosa de lo más ameno y curioso que puede darse; una *Miscelánea* de anécdotas y casos de su tiempo, que es fuente de primer orden para la historia de las costumbres del siglo xvi. Está en el tomo XI del *Memorial histórico español*, colección en que abundan los documentos literarios, y que echo de menos en la nutrida bibliografía que acompaña á este Manual.

XVII. A propósito del famoso soneto *No me mueve, mi Dios, para quererte*, apuntaré como un dato más, y sólo á título de curiosidad que puede añadirse al excelente estudio del Sr. Foulché-Delbosc sobre este tema, la extraña analogía que presenta con estas últimas líneas de *El Rómulo* del Marqués Virgilio Malvezzi, traducido por Quevedo en 1631:

«Digamos, pues: No os amo, Señor, sólo porque

me habéis criado; antes volveré á la nada por vos. Ni os amo porque me prometéis la visión bienaventurada de vuestra divina esencia; antes iré de mi voluntad al infierno por vos. No os amo, mi Dios, por temor de mal; que si es vuestra voluntad, yo le apeteceré como sumo bien. Os amo porque sois todo amable, porque sois el mismo amor...»

No tengo á la vista el *Rómulo* en italiano, pero supongo que Quevedo le traduciría fielmente, y no añadiría de su cosecha tan extraño final á la vida del primer Rey de Roma. Y como no es de creer que en un libro político y profano fuese á buscar sus afectos místicos el autor del soneto, tenemos un indicio más de que ya en 1629, en que imprimió Malvezzi su libro, existía el soneto, ó bien algún otro texto, en prosa ó en verso, en latín ó en lengua vulgar, que encerraba los mismos conceptos.

XVIII. A renglón seguido de haber hablado con excesivo rigor de las ocho comedias de Cervantes, llamándolas otros tantos fracasos (*failures*), hace el Sr. Fitzmaurice-Kelly justo elogio de los entremeses, y añade que entre estas farsas, la de *Pedro de Urdemalas* es la más brillante y primorosa. Y da la pícara casualidad de que *Pedro de Urdemalas* no es entremés ni farsa, sino una comedia en tres jornadas, digna ciertamente de encomio, como lo son también, por méritos diversos, *La Entretenida*, *El Rufián dichoso* y alguna otra de las comedias de Cervantes, tradicionalmente denigradas, sin que á los cervantistas mismos se les ocurra leerlas. Claro es que esta censura de ningún modo puede aplicarse al Sr. Fitzmaurice-Kelly, que en su *Vida de Cervantes* da pruebas de haberlas leído con atención, aunque en esta ocasión se haya distraído, como á todos nos sucede á cada

momento en las cosas que nos son más familiares. Distracción es también, aunque mucho más leve, atribuir á Juan Domingo Roncallolo el libro de las *Varias aplicaciones y transformaciones*, para el cual escribieron sonetos burlescos Cervantes y Quevedo. El autor de este peregrino y ridículo libro se llamaba D. Diego de Rosell y Fuenllana, «sargento mayor en las partes de Italia»; y Roncallolo fué el impresor napolitano que estampó su obra en 1613.

XIX. Es muy bello y animado el cuadro que nos presenta el Sr. Fitzmaurice-Kelly de nuestra gran literatura de los siglos XVI y XVII; pero se advierten en él ciertas omisiones graves y enteramente contrarias á la equidad. Tomemos por ejemplo los épicos. ¿Cómo habiéndose hecho mención de poemas que no tienen de tales más que el metro, como la *Austriada* y el *Carlo Famoso*, no se dice ni una palabra de los tres mejores, que juntamente con la *Araucana*, poseemos: de la *Cristiada*, del P. Ojeda, que en sus buenos trozos llega á emular á Milton y á Klopstock, y deja á mucha distancia á Jerónimo Vida y á todos los poetas sagrados del Renacimiento; de *La Creación del Mundo*, del Dr. Alonso de Acevedo, el primero de nuestros poetas descriptivos, y en el manejo de la octava real, digno rival de Céspedes; y finalmente, de aquella intrincada selva poética en que la opulenta y lozana fantasía de Bernardo de Valbuena lidió con la del Ariosto, sin quedar enteramente vencido en la contienda? Ni para el *Bernardo*, ni para *El Siglo de Oro*, ni para la *Grandeza Mexicana*, ha habido un rincón en estas elegantes páginas donde suenan los nombres de tantos ingenios por todo extremo inferiores á este grande y genial poeta, á quien dedicó Quintana un tomo entero de su *Musa Épica*. Y omitiéndose pro-

ducciones originales de tanta cuenta, no es mucho que también falte el Licenciado Juan de Arjona, que sólo empleó su vida en traducir la *Tebaida* de Estacio, aunque esta traducción sea, sin duda, la mejor que de ningún poeta latino se haya hecho en castellano, y uno de los mejores modelos de versificación y lengua poética que en el siglo xvi pueden hallarse. ¡Qué no hubiera hecho Arjona si en vez de traducir la *Tebaida* hubiese traducido la *Eneida* en aquellas magistrales octavas suyas, trabajadas con tan docto artificio! Salvo la mala elección del poeta traducido, su obra merece figurar en toda historia de la literatura castellana, como figura la *Iliada* de Pope en toda historia de la literatura inglesa.

XX. Más reparable es la omisión de géneros enteros. Los prosistas didácticos, que tanto importan en toda literatura y son los que determinan el punto de madurez de la lengua mediante su aplicación á todo género de materias, apenas están representados en el presente *Manual*. Ya adivino lo que á esto ha de responderse. Lo mejor y más selecto del pensamiento español está en latín. El latín era la lengua oficial de la Teología, de la Filosofía, de la Jurisprudencia, en sus manifestaciones más altas. En latín escribían, no sólo los teólogos y filósofos escolásticos, sino los filósofos y pensadores independientes: Vives y Fox Morcillo, Sepúlveda, Gómez Pereyra y Francisco Sánchez. Pero en esto, como en todo, hubo excepciones; y así como al lado de la Teología de las escuelas, nunca más floreciente que en el período que va desde Vitoria hasta Suárez, creció pujante y viviendo de su savia la Teología popular de los ascéticos y de los místicos, así también en el campo de los innovadores filosóficos hubo algunos, no muchos, que emplearon la lengua

vulgar como instrumento. En castellano, y en admirable castellano, escribió Simón Abril su *Lógica* y sus *Apuntamientos sobre la manera de reformar los estudios*; en castellano escribieron Huarte y D.^s Oliva sus curiosos *Tratados de Psicología experimental*; en castellano, su *Filosofía Natural* Alonso de Fuentes. En otras ramas de la ciencia todavía era más frecuente el uso del romance, y puede decirse que los médicos y naturalistas se adelantaron á todos en este punto. Monumentos de lengua castellana en su mejor período son los libros de nuestros primeros anatómicos. Valverde, Bernardino Montaña y Luis Lobera de Avila. En un libro castellano, y con la modesta apariencia de un comentario á Dioscórides, consignó el Dr. Laguna, con tanta amenidad como erudición, la ciencia botánica de su tiempo. La bellísima *Historia Natural de las Indias*, del P. Acosta, ¿quién duda que pertenece á la literatura tanto como á las ciencias físicas? ¿Cómo se ha de omitir entre los textos de lengua la *Agricultura* de Gabriel Alonso de Herrera, que es uno de los más clásicos y venerables? ¿No tuvo, por ventura, notables condiciones de escritor, aun en las materias más áridas, el Bachiller Juan Pérez de Moya, ingenioso vulgarizador de los conocimientos matemáticos? En general, todos los libros que tenían algún fin de utilidad inmediata, se componían en la lengua de la muchedumbre. No era aún la lengua de la ciencia pura, pero era la lengua de las aplicaciones científicas. Tenían que usarla forzosamente los tratadistas de cosmografía y náutica, como Martín Cortés y Pedro de Medina; los metalurgistas, como Bernal Pérez de Vargas y Alvaro Alonso Barba; los plateros y quitadores, como Juan de Arphe; los arquitectos, como Diego de Sagredo; y en general, todos los tratadistas

de artes y oficios. Gran parte de las riquezas de nuestra lengua está contenida en esos libros que nadie lee. Muchos de ellos nada importan para la literatura; pero hay otros, como los escritores de arte militar y los políticos y economistas, en los cuales abundan páginas que, ya por la viveza de la expresión, ya por la gracia candorosa, ya por el nervio de la sentencia, ya por el vigor descriptivo, pueden ponerse al lado de lo más selecto de la prosa literaria de ese tiempo, con el singular atractivo de estar por lo común exentos de todo género de afectación retórica. El número de estos libros es tan grande, que impone hacer de ellos una selección inteligente y por grupos, y no sería de poca honra para nuestra lengua la cretomatía que de ellos se formase, para lo cual existen ya recomendables ensayos.

Es claro que entre los prosistas científicos y técnicos, los que tienen relación más inmediata con la literatura y en cierto modo hay que considerar inseparables de ella, son los gramáticos y los preceptistas literarios, puesto que la historia de la lengua y la historia de las ideas artísticas llega á confundirse con la historia del arte de la palabra hablada ó escrita. Nebrija y el autor del *Diálogo de la lengua* están oportunamente recordados por el Sr. Fitzmaurice-Kelly; pero creo de toda justicia añadir el nombre de Bernardo de Aldrete, primer investigador de los orígenes de nuestro idioma, al hacer mención de Covarrubias, nuestro primer lexicógrafo. Críticos y preceptistas se mencionan bastantes en el cuerpo de la obra, pero echo de menos á los dos más profundos comentadores de la *Poética* de Aristóteles, el Dr. Alonso López Pinciano en el siglo xvi, y D. Josepe Antonio González en el xvii; al Licenciado Juan de Robles, autor de los ame-



nos y substanciosos diálogos que llevan por título *El Culto Sevillano*; á Fray Jerónimo de San José, cuyo *Genio de la historia*, tan bien escrito como pensado, puede ser todavía de útil enseñanza; y á algún otro de menos nombre.

Insisto tanto en esta materia, no porque deje de comprender que en una historia literaria deben ocupar el mayor espacio las obras de arte puro, las creaciones poéticas en el más amplio sentido de la palabra, sino porque la omisión total de las restantes manifestaciones puede hacer caer á muchos en el vulgar error de suponer que nuestra literatura de los dos grandes siglos se reduce á novelas, dramas, versos líricos y libros de devoción, siendo así que no hubo materia alguna que en castellano no fuese tratada y enseñada, con más ó menos acierto en cuanto á la doctrina, pero muchas veces con gallardía y desembarazo, con un vocabulario netamente castizo que, por desgracia, hemos olvidado ó sustituido por la jerga franca de las traducciones al uso. Es cierto que este daño no puede atajarse en un día, dada nuestra secular prostración y creciente abatimiento; pero algo podría remediarse si nuestros hombres de ciencia, cuya educación hoy por hoy no puede menos de ser extranjera, interpolasen sus arduas labores con el recreo y curiosidad de la lectura de nuestros libros viejos (como ya comienzan á hacerlo algunos), pues suponiendo que nada tuviesen que aprender en cuanto á la materia, aprenderían por lo menos los nombres castellanos de muchas cosas, y quizá se animasen á imitar aquella manera llana, viva y familiar de nuestros antiguos prosistas, que hace agradables aun para el profano libros que por su contenido no lo serían en modo alguno. Y esto se aplica, no sólo á los libros graves de

ciencia ó arte, sino á los de apariencias más frívolas, á los de juegos, ejercicios y deportes caballerescos y populares, como la equitación, la esgrima, la caza y hasta el baile. En todos estos géneros tiene la lengua castellana preciosidades, y un historiador de la literatura no debe olvidarlos completamente, aunque sólo sea por la luz que dan á la historia de las costumbres, y, por consiguiente, á la recta interpretación de los documentos literarios.

XXI. Esta misma exclusiva atención que el señor Fitzmaurice-Kelly concede á las obras de índole estética pura, le hace ser injusto con la literatura del siglo XVIII en general, y con algunos de sus principales representantes en particular. Nadie niega la inferioridad artística de aquel siglo. La novela puede decirse que había muerto. El teatro popular se reduce á los sainetes de D. Ramón de la Cruz y de Castillo, olvidado este último por el Sr. Fitzmaurice-Kelly, aunque valga tanto como el primero, si no en cantidad, en calidad, es decir, en fuerza cómica, dotes de observación y gracejo del diálogo. El teatro clásico no produjo más obras de indiscutible mérito que las comedias de Moratín, perfectas sin duda (dos á lo menos) dentro de su género algo tímido; pero que con toda su perfección académica no pueden contrabalancear el enorme peso del único teatro español que el mundo conoce y admira. Los excelentes líricos, uno de ellos verdaderamente grande, que aquella centuria engendró en sus postrimerías, pertenecen al siglo XVIII por su nacimiento, educación é ideas; al XIX por la fecha de sus más célebres composiciones, en cuyo brío y pujanza no influyó poco la tormenta política de 1808 con todas sus consecuencias. Pero en aquel siglo de estimables medianías y de buenos estudios se cultivó

con grande ahinco la prosa didáctica y polémica, y aparecieron una porción de obras utilísimas, que suponen un gran movimiento de ideas, un celo del bien público, una actividad en la cultura general, que hoy mismo nos puede servir de estímulo y aun avergonzarnos en la comparación. No hablaré de los grandes trabajos de investigación histórica, que nunca han rayado en España más alto; ni de la crítica arqueológica y artística que entonces nació; ni de la controversia filosófica, tan viva, entre los sensualistas y los escolásticos, entre los partidarios de la Enciclopedia y los conservadores de la tradición; ni de los viajes y expediciones de naturalistas y geodestas; ni de la propaganda de las ideas económicas, en que tuvo Campomanes la mayor parte. Pero lo que no se puede omitir es que los más notables escritores del siglo XVIII son prosistas de este orden, y no pueden ser bien juzgados sino desde este punto de vista. Jovellanos, por ejemplo, resulta muy empequeñecido si sólo se considera en él al poeta lírico y al autor de *El Delincuente Honrado*. El voto casi unánime de los españoles, que pone á Jovellanos á la cabeza de nuestros escritores modernos, no se funda en esas obras, sino en sus escritos políticos, económicos y pedagógicos, en la *Ley Agraria* (que en Francia pareció digna de Turgot, y digna de Adam Smith en Inglaterra), en el *Tratado de Educación*, en la *Defensa de la Junta Central*, en los discursos de Bellas Artes, en las memorias arqueológicas sobre Mallorca, en su riquísimo epistolario, en toda su inmensa labor de polígrafo, que hace entrar en el molde de la lengua castellana y del período ciceroniano la parte mejor y más sana de las ideas del siglo XVIII, noble y castizamente interpretadas. Como prosista, Jovellanos tiene muy pocos rivales; como

poeta, sería uno de tantos imitadores hábiles, si no le salvaran sus dos sátiras y algunas epístolas. Y sin embargo, el Sr. Fitzmaurice-Kelly apenas habla de sus obras en prosa, que son innumerables. La misma preterición comete respecto de D. Juan Pablo Forner, á quien sólo nombra para decir que fué antagonista de Iriarte, contra el cual escribió el libelo de *El Asno Erudito*. Ciertamente, quien sólo conociese á Forner por esta grosera é insulsa diatriba, formaría de él un juicio enteramente contrario á la verdad, teniéndole por un pedante brutal y estrafalario. Pero quien haya examinado sus obras serias, sus *Reflexiones sobre la historia*, sus *Observaciones sobre la tortura*, su refutación del Ateísmo, sus *Exequias de la lengua castellana*, que son el mejor libro crítico de su tiempo, su informe sobre el estado de la enseñanza filosófica en la Universidad de Salamanca, y otros muchos rasgos de su fecunda pluma, reconocerá con Quintana que Forner era varón de «inmensa doctrina», y juntamente con esto, pensador original y agudo, prosista vigoroso, desembarazado y correcto, siquiera fuese descomedido en sus folletos satíricos, y duro, bronco y desapacible en la mayor parte de sus versos.

Por razones muy obvias prescindo de la parte de este Manual dedicada á la literatura moderna. Falta en ella bastantes nombres (los de Piferrer, Quadrado, Pastor Díaz y Ruiz Aguilera, por ejemplo), y quizá sobre alguno, mucho menos digno de loa. Algunos juicios me parecen definitivos; con otros no estoy conforme: creo, por ejemplo, que ni García Gutiérrez (que hizo algo más que *El Trovador*), ni Hartzenbusch (que hizo algo más que *Los Amantes de Teruel*), ni el mismo Tamayo (entre cuyos dramas no se menciona siquiera *Lances de honor*, que es por ven-

tura el más original y valiente de todos los suyos), están apreciados en su justo valor ni estudiados en la rica y varia galería de sus obras. Pero el discutir todo esto me obligaría á dar doble extensión á este prólogo; y, por otra parte, siendo yo de los más benévolamente tratados por mi amigo Fitzmaurice-Kelly, parecería sospechoso en lo que alabase y quizá ingrato en los reparos que pusiese. Además, se trata de materia que está al alcance de todos, que no ha adquirido estado definitivo, y en que nada tiene de particular que no coincidan siempre los fallos de un extranjero con los que en España son más generalmente admitidos.

Y aquí doy término á estas observaciones, que muchos graduarán de impertinentes y prolijas, pero en las cuales he querido dilatar me por lo mismo que se trata de un libro de positivo y relevante mérito que está destinado á prestar grandes servicios, y que nada perdería con estas enmiendas de detalle, suponiendo que yo tuviese razón en todas ellas. Ninguna obra de este género nace perfecta; basta que supere con mucho á las anteriores, y yo me regocijaré de que, penetrando este libro en la enseñanza, pueda gloriarse su autor como se glorió Antonio de Nebrija de haber desarraigado de toda España «los doctrinales, los Pedro Elías y otros nombres aún más duros, como los Galteros, los Ebrardos, los Pastranas y otros no sé qué apostizos y contrahechos gramáticos, no merecedores de ser nombrados».

M. MENÉNDEZ Y PELAYO

Santander, 15 de Julio de 1901.

DOS PALABRAS DEL TRADUCTOR

Entre los numerosos cultivadores del idioma de Shakespeare que actualmente siguen con atención y estudian con detenimiento los progresos de la literatura española, ocupa lugar distinguidísimo el autor de la *Historia* que tenemos el gusto de ofrecer hoy á nuestro público.

Tiempo hacía que se echaba de menos en España un libro de reducidas dimensiones en que, con fundado criterio, y sin preocupaciones de secta ni gran aparato de erudición, se expusiera el origen y desenvolvimiento de nuestras letras. Intentos parciales existían, pero todos adolecían de graves lunares: en unos era patente la labor de segunda mano; en otros brillaba por su ausencia la crítica; en los más observábase tan poca exactitud en los datos y tan crasa ignorancia de las rectificaciones y de los adelantos que la moderna erudición ha introducido en estas materias, que en realidad ni el aficionado, ni el literato de profesión, podían utilizar con fiadamente semejantes trabajos.

El Sr. D. Jaime Fitzmaurice-Kelly, bien conocido de

los eruditos por sus numerosos trabajos acerca de nuestra literatura (1), publicó la presente obra con el título

(1) Los más importantes son los que á continuación mencionamos:

The life of Miguel de Cervantes Saavedra. London, 1892.

Celestina, or the tragicke-comedy of Calisto and Melibea englished from the Spanish of Fernando de Rojas by James Mabbe anno 1631. With and Introduction by James Fitzmaurice-Kelly. London, David Nutt, 1894.

Don Quixote, traducido al inglés por Thomas Shelton (1612-1620) y reimpresso con dos introducciones por el Sr. Fitzmaurice-Kelly. Londres, 1896. Cuatro volúmenes en 4.º

Gaspar Ens: Phantasio-Cratuminos sive Homo vitreus, Reissued, with A Note on El Licenciado Vidriera. (Extrait de la *Revue Hispanique*.) París, 1897.

Don Quixote de la Mancha; primera edición del texto restituído con Notas y una Introducción, por Jaime Fitzmaurice-Kelly, C. de la Real Academia Española, y Juan Ormsby. Edimburgo, impreso por T. y A. Constable, impresores de Cámara de Su Majestad.—David Nutt, editor.—Londres, 1898.—Dos espléndidos volúmenes en 4.º mayor.—Es, hasta ahora, la mejor edición de la gran obra de Cervantes, no sólo por el esmero tipográfico, sino por la escrupulosidad y buen criterio con que está depurado el texto. De esta definitiva edición se han ocupado en España, con el debido elogio, los Sres. D. Juan Valera y D. Jacinto Octavio Picón (véanse los «Lunes» de *El Imparcial*), y en el extranjero, Mr. Hugo Albert Renert, en *Modern Language Notes* (vol. XXV, cols. 423-427; Noviembre de 1900), Herr Gustav Gröber, en la *Zeitschrift für romanische Philologie* (pág. 460 del número de 18 de Julio de 1900), y últimamente Mr. R. Foulché-Delbosc en la *Revue Hispanique*.

De algunas de las citadas obras habla también el señor Marqués de Valmar en su *Estudio histórico, crítico y filológico sobre las Cantigas del Rey Don Alfonso el Sabio* (Madrid, Rivadeneyra, 1897, pp. XVI-XVIII).

Por último, el Sr. Fitzmaurice-Kelly ha escrito asimismo numerosos y doctos artículos acerca de puntos de literatura española en periódicos y revistas como *The Pall Mall Gazette*, *The Athenaeum*, *The Outlook*, *The Speaker*, *The Morning Post*, *Literature*,

de *A History of Spanish Literature* (1), en la colección de *Breves historias de las literaturas del mundo* (*Short histories of the literatures of the world*), editadas por el distinguido escritor británico Mr. Edmundo Gosse.

Deseosos de dar á conocer entre nosotros este trabajo (acerca de cuya bondad no hemos de permitirnos juicio alguno desde el momento en que ha merecido la aprobación de muy autorizados críticos (2), y ha sido antes analizado por la magistral pluma del señor Menéndez y Pelayo), hemos resuelto traducirlo, con la venia y revisión de su autor.

Acerca de nuestro procedimiento poco hemos de decir: ha consistido en sujetarnos escrupulosamente (tanto como ha sido posible, dada la libérrima construcción de la frase inglesa) al texto original. Cuando la índole del asunto nos ha parecido exigirlo, hemos añadido alguna nota (3), ya para esclarecer el pensamiento del autor, ya para poner á nuestros lectores al corriente de

The New Review, The Saturday Review, The Encyclopaedia Britannica, Revue Hispanique, Revista critica de Historia y Literatura, etcétera, etc.

En el *Homenaje á Menéndez y Pelayo*, ha escrito el estudio rotulado: *Un hispanófilo inglés del siglo XVII*. (Leonardo Digges. Tomo I, págs. 47-56.)

(1) London, William Heinemann, 1898. (xi + 423 páginas en 8.º)

(2) Véanse, entre otros, dos *comptes-rendus* de los Sres. H. Butler Clarke y John D. Fitz-Gerald en la *Revue Hispanique* (t. V, 1898, págs. 496-504), y un «Palique», de Clarín, en el *Madrid Cómico* de 10 de Septiembre de 1898.

Llega á nuestra noticia que están en preparación una traducción francesa y otra italiana de este libro. El autor prepara también en estos momentos una segunda edición inglesa.

(3) Las del autor llevan al final la indicación (A), las del traductor la letra (T).

muchas alusiones y referencias que no era fácil fuesen penetradas más que por los bien enterados de la literatura inglesa, ya, por último, á manera de descanso, desahogo ó intermedio de nuestra tarea.

Los que comparen la presente versión con el original inglés hallarán sin duda numerosas adiciones y variantes. Han sido introducidas en su mayor parte por el autor, quien de esta suerte ha hecho más valiosa su obra y más útil aún para la generalidad. Nosotros le agradecemos profundamente la deferencia que ha mostrado revisando nuestro manuscrito y mejorándolo en gran manera.

Réstanos ahora encomendarnos á la benevolencia de los lectores, no sin terminar con una cita de cierto viejo escritor castellano, que viene de molde, tanto para excusar nuestros deslices como para prevenir determinadas objeciones que pudieran ofrecerse: «y puesto que algunos tienen que se gana poca honrra en traducir en lengua vulgar, y que es mucho mayor componer algo de nuevo, yo digo que ternian razon quando aquello que componen fuesse tal y tan bueno como lo que escriuen los autores que bien compusieron».

A. BONILLA Y SAN MARTÍN

Madrid, Octubre 1898.—Octubre 1900.

PREFACIO

La literatura española, en su más lato sentido, puede comprender toda clase de obras redactadas en cualquiera de los idiomas usados en el territorio de España. En todo caso, puede abarcar las cuatro principales lenguas habladas en la Península. Tanto los asturianos como los gallegos poseen una literatura que en sus últimas manifestaciones es artificial. El bascuence, niño mimado de los filólogos, no ha acrecentado gran cosa la suma de las delicias del mundo, y si lo ha hecho, me declaro incapaz de emprender una tarea que de derecho corresponde á eruditos tan competentes en la materia como Mr. Wentworth Webster, Mr. E. S. Dodgson, Mr. Julien Vinson y el Profesor Schuchardt. El catalán es tan notablemente rico y variado, que merece muy bien un estudio aparte; su inclusión en este lugar sería tan injustificada como la inclusión del provenzal en una obra destinada á tratar de la literatura francesa. Por lo que hace á nuestro propósito en este libro, haremos caso omiso de variedades de menor cuantía y tomaremos la literatura española en el sentido de literatura referente sólo al castellano, á la lengua de Juan Ruiz, de Cervantes, de Lope de Vega, de Tirso de Molina, de Quevedo y de Calderón.

A fines del pasado siglo, Nicolás Masson de Morvilliers levantó gran polvareda con dos preguntas que hizo en la *Encyclopédie Méthodique*: «Mais que doit-on à l'Espagne? Et depuis deux siècles, depuis quatre, depuis six, qu'a-t-elle fait pour l'Europe?» Yo he procurado responder á esas preguntas en este volumen (1). El capítulo preliminar tiene por objeto recordar á los lectores que las grandes figuras de la Edad de Plata—Séneca, Lucano, Marcial, Quintiliano—eran tan españolas como romanas. Pretendo además trazar en ese capítulo el curso de la literatura desde su fuente romana hasta las derivaciones del período gótico; definir los límites de la influencia arábiga y rabínica en las letras españolas; refutar la teoría que supone la existencia de antiquísimos *romances* y exponer la recíproca acción ejercida entre españoles de un lado, y provenzales y franceses de otro. Nuestro pensamiento ha sido evitar con semejante método muchas digresiones.

La literatura española, como la nuestra, tiene sus raíces en el suelo italiano y en el francés; en los épicos anónimos, en los *fableaux*, como en Dante, Petrarca y los poetas del Cinque Cento. Un exagerado patriotismo lleva á gentes de todas tierras á ensalzar en demasía su historia literaria; lo que sí podemos afirmar sin exageración alguna, lo mismo por lo que hace á España que por lo referente á Inglaterra, es que estas naciones imitaron á sus modelos sin comprometer su originalidad, copiando aquí, tomando de allá y superando al cabo á sus primeros maestros. Pero la victoriosa carrera de los españoles, espléndida en las letras como en las artes y en

(1) También procuró en España contestar á Masson nuestro insigne D. Juan Pablo Forner en su *Oración apologética por la España y su mérito literario*. Madrid, 1786.—(T.)

las armas, fué, lo mismo en unas que en otras, relativamente breve. La edad heroica de su literatura abarca unos ciento cincuenta años, desde el advenimiento de Carlos V hasta la muerte de Felipe IV. Esta época es tratada, como merece, con una extensión mayor que cualquiera otra. La precisión de ser breve, compeliéndome en cada página, me ha obligado á omitir bastantes escritores. Puedo al menos afirmar que he procurado ser imparcial, y espero que ninguna personalidad verdaderamente capital se echará de menos en la obra.

Mis deudas para con los que me han precedido serán especificadas en el apéndice bibliográfico. Declaro singular reconocimiento á mi amigo el Sr. D. Marcelino Menéndez y Pelayo, el más ilustre de los eruditos y críticos españoles. Si algunas veces disiento de su parecer, hágolo después de muchas vacilaciones, entendiendo que cualquier criterio independiente es preferible á la mecánica repetición de autorizados veredictos. Agradezco á Mr. Gosse el particular esmero con que ha revisado las pruebas, y estoy obligado á Mr. Henley, cuya solicitud por todo cuanto á España respecta es bien conocida, por su muy sugestiva crítica. Por sus observaciones sobre algunos puntos de detalle, quedo reconocido á los señores D. Ramón Menéndez Pidal, D. Adolfo Bonilla y San Martín y D. Rafael Altamira y Crevea.

Meaux (Seine-et-Marne, en Francia), 2 de Agosto de 1898.

POST-SCRIPTUM

DE ESTA VERSIÓN CASTELLANA

A mi cumplido amigo y traductor, Sr. D. Adolfo Bonilla y San Martín, cuya oportuna benevolencia puedo

apenas apreciar como corresponde, soy deudor de muchas y valiosas correcciones del texto. El número é importancia de sus notas dará una idea, muy incompleta, de la labor que ha empleado en una ingrata tarea. Estoy además particularmente obligado á Mr. R. Foulché-Delbosc, editor de la *Revue Hispanique*, y al Profesor Hugo Albert Rennert, de la Universidad de Pennsylvania, por la extremada atención que me han dispensado supliendo mis deficiencias y dándome ocasión de aprovechar su vasto y puntual saber. Hanme sugerido provechosas ideas Mr. John D. Fitz-Gerald, de la Universidad de Colombia (Nueva York), Mr. H. Butler Clarke, *Fellow* del Colegio de San Juan en la Universidad de Oxford, y Mr. Wentworth Webster, el Decano de la erudición española en Inglaterra. Ni podría omitir el nombre de mi antiguo amigo Herr Johannes Merck, de Hamburgo, quien con la mayor generosidad me permitió utilizar su selecta biblioteca, rica en antiguas y raras ediciones de libros españoles. A todos ellos, como también á tan conocidos escritores como el Sr. D. Ramón D. Perés, el Sr. D. Arturo Farinelli, de la Universidad de Innsbruck, y al Sr. D. Rafael Altamira y Crevea, de la Universidad de Oviedo, á los muchos correspondientes particulares, y á los innumerables críticos anónimos cuya erudición sólo está superada por su benevolencia, ofrezco el testimonio de mi gratitud.

Los lectores pueden observar el resultado de mis esfuerzos por aprovechar todos estos buenos consejos. He dado lugar á unos cuantos escritores que habían sido desatendidos. He suprimido expresiones que habían causado ó podían causar enojo. El texto ha sido escrupulosamente revisado: pocas páginas han quedado sin modificar. La experiencia demuestra que en obras de este género, llenas de sintéticas apreciaciones y relacionadas con mu-

chos intrincados pormenores, cierta proporción de los yerros escapa al autor más concienzudo. Espero no haber abusado del privilegio de equivocarme, sino antes bien, con la competente ayuda del Sr. Bonilla y San Martín, haber podido evitar algunas faltas. Lejos de solicitar indulgencia, nada mejor deseo que la indicación de los errores. Puedo prometer de antemano que toda oportuna corrección será recibida como conviene: con un firme propósito de enmienda, con contrición, y con lo que es más raro todavía, con una sincera gratitud.

La bibliografía ha sido rehecha, y es de esperar que en su actual forma sea más útil que antes. A pesar de todas estas variaciones, la balanza y proporción del libro subsiste como en un principio.

Sería ingrato si no renovase aquí mi profundo aprecio del extremado é inmerecido favor que en todas partes ha obtenido este modesto Manual, favor cuya mejor prueba es el hecho de ser ahora presentado al público de la Península con un prólogo del más ilustre de los eruditos españoles. Así el libro me deja, como á Lazari-
llo de Tormes, «en la cumbre de toda buena fortuna».

JAIME FITZMAURICE-KELLY

Londres, 1.º de Enero de 1901.

CAPÍTULO PRIMERO

INTRODUCCIÓN

Los monumentos más antiguos de la literatura castellana pertenecen á una época que no va más allá de la duodécima centuria, y aun han sido considerados de fecha más antigua con bastante plausibilidad. El carácter de la raza española y el de su literatura son semejantes: la idiosincrasia nacional es enfática, casi violenta. La literatura francesa es ciertamente más primorosa, más brillante; la inglesa es elevada y de mayor variedad; pero en las cualidades principales de originalidad, energía, realismo é ingenio, la castellana no encuentra superior. Los bascos, que han sobrevivido á tantos ataques (entre otros al ridículo de Rabelais (1) y á la ironía de Cervantes), son reputados por algunos como los representantes de la raza de la Edad de Piedra que pobló el Este,

(1) Vid. Rabelais: *Pantagruel*, liv. II, chap. 2. Conviene notar que algunos de los pasajes puestos en boca de Panurgo están escritos en verdadero basenence, como ha demostrado Mr. Julien Vinson en la *Revue de linguistique et de philologie comparée*. París, Julio de 1870, tomo IV, pág. 66.—(A.)

Nordeste y Sur de España (1). Esta creencia se funda principalmente en la circunstancia de que todos los nombres genuinamente bascos de los instrumentos cortantes proceden del vocablo *aitz* (pedernal). Sea como quiera, los bascos carecen de historia literaria en el propio sentido de la frase (2). El *Leloaren Cantua* (*Canto de Lelo*) ha sido considerado como un himno escrito en celebración de la victoria de los bascos sobre Augusto por algún contemporáneo. Su fecha es incierta, y el estribillo *Lelo* parece una lejana reminiscencia de la fórmula árabe *La illah illa'llah*; pero seguramente el *Leloaren Cantua* no es anterior al siglo XVI.

La segunda composición de este género es el *Altabiskarko Cantua* (*Canto de Altabiskar*). Altabiskar es un collado situado cerca de Roncesvalles, donde se dice que los bascos derrotaron á Carlomagno (778), y el poema conmemora la victoria. Escrito en versos bascos, sin consonantes ni asonantes, contiene nombres como los de Roland y Carlomán, que son por sí solos prueba del origen francés: pero como ha sido francamente reconocido como auténtico, conviene referir algunas noticias concernientes al mismo. Fué escrito primeramente en francés (*circa* 1833) por François Eugène Garay de Monglave, y trasladado muy medianamente al bascuence por un natural de Espelette llamado Louis Duhalde, á la sazón estudiante en París. El demasiado célebre *Altabiskarko Cantua* no es otra cosa, por consiguiente, que una super-

(1) Vid. Aranzadi: *El pueblo euskalduna. Estudio de Antropología*; 1889.—(T.)

(2) Vid. sobre este punto: Allende Salazar, *Biblioteca del Bascofílo*, obra premiada por la Biblioteca Nacional. Madrid, Tello, año 1887.

Vid. también Estanislao Jaime de Labayru y Goicoechea: *Historia general del señorío de Bizcaya*, tomo I, 1895, lib. IV, cap. 6.—(T.)

chería; con el mismo fundamento que se ha sostenido su autenticidad podría atribuirse el *Rule Britannia* á Boadicea (1). Los vencedores de Roncesvalles no compusieron canto triunfal ninguno: tres siglos más tarde, los vencidos inmortalizaron su propia derrota en la *Chanson de Roland*, donde el desastre se atribuye á los árabes, no siendo mencionados los bascos más que de pasada. Del siglo XII data una *Crónica* latina de la cual se quiso hacer autor al Arzobispo Turpín, personaje histórico que ocupó la Sede episcopal de Rheims unos doscientos años antes de que la supuesta *Crónica* fuera escrita (2). Los primeros capítulos de esta fabulosa historia se deben probablemente á un monje español anónimo de Santiago de Compostela (3), y es meramente posible que esta antigua fuente fuese utilizada por algún basco moderno como José María Goizcueta, que retocó y «restauró» el *Altabiskarko Cantua* con poca ilustrada buena fe.

Como quiera que sea, el hecho es que la más antigua canción bascuence no tiene más de trescientos años. Un basco de singular genio, el Canciller Pero López de Ayala, descuella como un portento entre los literatos de la XIV

(1) *Rule Britannia*.—Himno popular inglés, cuya letra se atribuye á James Thomson (1700-1748), el célebre autor del poema *The seasons* (*Las estaciones*). También se atribuye la letra del *Rule Britannia* á David Malloch ó Mallet (?1702-1765), el amigo de Gibbon y autor del poema *Amyntor and Theodora*.

Boadicea.—Mujer de Prasutago, rey de los Icenios, famosa por sus luchas con los romanos (siglo I de J. C).—(T.)

(2) El Pseudo-Turpín es el libro IV del *Liber Iacobi* (1140). El P. Fidel Fita publicó una interesantísima traducción gallega del libro IV del Códice Calixtino en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Abril 1885.—(T.)

(3) Vid. el cap. XIII del precioso libro *Recuerdos de un viaje á Santiago de Galicia*, por el P. Fidel Fita y Colomé y D. Aureliano Fernández-Guerra. Madrid, Lezcano, 1880.—(T.)

centuria, pero escribió en castellano. Permanece solo, aislado de los de su raza. El más antiguo libro basco, con justicia llamado *Linguae Vasconum Primitiae*, es una colección de versos de muy escaso mérito hecha por Bernard Dechepare, cura de Saint-Michel, cerca de Saint-Jean Pied de Port; y su fecha es moderna (1545). Pedro de Axúlar es el primer basco que muestra alguna originalidad en su idioma nativo, y, cosa bastante característica, trata de asuntos religiosos. Aunque vivió en Sare, en los bajos Pirineos, era español, natural de Navarra, y floreció en el siglo XVII (1643). Verdad es que un corto número de bascos de segundo orden, como el poeta épico Ercilla y Zúñiga, y el fabulista Samaniego, figura en la literatura castellana; pero las glorias eúskaras es preciso buscarlas en otras esferas, en personajes heroicos como Ignacio de Loyola y su ilustre discípulo Francisco Xavier. Dejando á un lado las obras de devoción y enseñanza, trasladadas en su mayor parte de otros idiomas, la literatura bascuence es principalmente oral, y no tiene más que una relación formal con la historia de las letras españolas. Dentro de estrechos límites geográficos, el bascuence sigue tranquilo su curso, y sobre cada loma de los Pirineos mantiene su autonomía contra fuerzas al parecer irresistibles. Pero su vitalidad excede á su vigor reproductivo: subsiste, mas no puede multiplicarse. Cualquiera que haya sido la pasada influencia del bascuence sobre el castellano (influencia nunca grande), ha cesado en la actualidad; entretanto, el castellano tiende á suplantarlo (ó por lo menos á complementar) al bascuence.

Los antiguos invasores (iberos, celtas, fenicios, griegos, cartagineses, alanos, suevos, godos y árabes) no han dejado más que tenues huellas sobre la forma predominante del lenguaje español, que se deriva del latín por

una descendencia más clara, aunque en modo alguno más directa que la del francés. Tan de poca monta es la línea divisoria entre la madre latina y su más noble hija, que ya en el siglo XVI Fernán Pérez de Oliva escribió un discurso que estaba á la vez en latín y en castellano, siendo inteligible en cualquiera de los dos idiomas, y cosa frívola en ambos (1), aunque juzgada digna de loa en una época en que los poetas más eminentes se complacían en ensartar versos formando un rosario políglo-ta, sin otro objeto que el de ostentar su extraña habilidad (2).

Por lo que hace á nuestro propósito, los albores de la

(1) No ha sido Pérez de Oliva el único de nuestros humanistas que se ha entretenido en estas bagatelas. Sánchez de las Brozas escribió también un *Diálogo bilingüe* (Vid. D. Raimundo Miguel, *Biografía del Brocense*). A Juan de Vergara se atribuye, probablemente sin fundamento, cierto poema macarrónico y nada limpio, rotulado *Callioperria*, que se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional. D. Tomás de Iriarte compuso por este mismo estilo una saladísima *Metrificatio invecivalis contra studia modernorum*, que no cede en gracejo ni en intención á la mejor de las *Epistolae obscurorum virorum*. (Vid. tomo II, pág. 154 de la *Colección de Obras en verso y prosa de D. Tomás de Iriarte*. Madrid, Cano, 1787.) Cristóbal de Castillejo tiene también una oración en latín y romance por el estilo del discurso de Pérez de Oliva (véase Gallardo: *Ensayo*, II, páginas 285-286).—(T.)

(2) No hay sino recordar, por ejemplo, el *Auto de la Pasión*, de Lucas Fernández, y la *Propalladia*, de Bartolomé de Torres Naharro. En la *Comedia Serafina* del último hay, además de los personajes que hablan en castellano, otros que se expresan en catalán, latín é italiano. Cada autor dramático de aquéllos era un Panurgo en materia de idiomas.—(T.)

Sobre este punto pululan los ejemplos. Apuntaremos algunos á título de curiosidad:

Raynouard, *Choix des poésies originales des troubadours* (París, 1817), tomo II, págs. 226-229, cita un *descort* de Raimbaud de

literatura en España comienzan con la conquista romana. En colonias como Pax Augusta (Badajoz), Caesar Augusta (Zaragoza) y Emérita Augusta (Mérida), la influencia romana se fortalecía merced á los matrimonios de soldados romanos con mujeres españolas. Por toda la Península se divulgaba la *odiosa cantio*, como dice San Agustín (1), de los niños que estudiaban latín, y cada escuela constituía un nuevo centro de autoridad romana. Juntamente con sus leyes, los conquistadores impusieron su lengua á las dispersas tribus, y éstas á su vez invadieron la capital de la política y de la literatura latina. El aliento del genio español informa la latinidad

Vaqueiras, que tiene una estancia en provenzal, otra en italiano, otra en francés, otra en gascón, otra en gallego, y la última en una mezcla de todos estos idiomas.

Camoëns (*Obras*, Lisboa, 1860-1869, tomo II, pág. 9) tiene una redondilla donde hay dos versos de Boscán; y en el soneto de Camoëns, núm. 294, se lee un renglón de Petrarca. En las comedias de Camoëns hay otros ejemplos: en *El Rei Seleuco*, el Physico y Sancho hablan en castellano; en *Os Amphitrões*, Mercurio habla en castellano y portugués, y Sosea habla sólo en castellano; en *Filodemo* el Bobo habla también en castellano.

Lope de Vega tiene un *romance* en gallego y en castellano, imitando á los caballeroscos (*Biblioteca Rivadeneyra*, tomo XXXVIII, página 245). Algo semejante, en cuanto á frivolidad, es el centón que trae Lope en sus *Rimas humanas* de los versos de siete ú ocho poetas, y los discursos en flamenco del libro XIV del *Peregrino en su patria*.

Recuérdese también el *Soneto de quatro lenguas*, de Gaspar de Aguilar, que figura en el *Cancionero* de Nápoles. (Cf. los *Romanische Forschungen* von Karl Vollmöller; Erlangen, 1893; p. 138-144.)

Otros ejemplos pueden verse en Grimm (*Geschichte*, pág. 455), Dante (*Opere minori*, Firenze, 1831, tomo II, págs. 552-553; *Purgatorio*, canto XXVI), Du Méril (*Poésies populaires latines du Moyen Age*, París, 1847, pág. 6) y Goethe (*Werke*, Stuttgart, 1876, tomo IX, pág. 95).—(A.)

(1) Scti. August. *Confessiones*, lib. 1, cap. 13.—(A.)

de la Edad de Plata (1). El mismo Augusto nombró á su liberto español, Cayo Julio Hygino (2) Director de la Biblioteca Palatina. La aptitud literaria de los españoles se muestra exuberante en la prodigiosa erudición de Séneca el Antiguo (3), madura en la altisonante retórica y brillante colorido del Joven (4), en la declamatoria elocuencia y vibrantes versos de Lucano (5), en el descarado humor y grosero cinismo de Marcial (6), y en el

(1) Desde el año 14 hasta el 117 de J. C., ó sea desde la muerte de Augusto hasta la de Trajano.—(T.)

(2) 690-770? de Roma. Escribió: *De vita rebusque illustrium virorum*; *De situ urbium italicarum*; *De agricultura*; *De apibus*; *De Virgilio*; *In Cinnae propemptico*; *Libri Genealogiarum*; *De astronomía*.—(T.)

(3) Nació por los años de 700 á 754, y murió hacia el 792. Escribió: *Historia Romana*; *Centroversiae*; *Suasoriae*.—(T.)

(4) Nació 750-4 antes de J. C. Murió 815-65 después de J. C.—Escribió: Obras perdidas: *De motu terrarum*; *De lapidum natura*; *De piscium natura*; *De situ Indiae*; *De situ et sacris Aegyptiorum*; *De forma mundi*; *Exhortationes*; *De officiis*; *De immatura morte*; *De superstitione*; *Dialogus de matrimonio*; *De amicitia*; *Moralis philosophiae libri*; *De remediis fortuitorum ad Gallionem*; *De paupertate*; *De misericordia*; *De vita patris*; *Orationes*; *Messalinae Laudatio*; *Epistolae ad Novatum*.

Obras existentes: *Epistolae ad Lucilium*; *Naturalium quaestionum libri VII*; *Apokolokyntosis*; *Ad Lucilium, quare aliqua incommoda bonis viris accidant quum Providentia sit*; *Ad Serenum, nec iniuriam nec contumeliam accipere sapientem*; *De ira, ad Novatum*; *Ad Marciam, de consolatione*; *Ad Gallionem, de vita beata*; *Ad Serenum, de otio*; *Ad Serenum, de tranquillitate animi*; *Ad Paulinum, de brevitae vitae*; *Ad Polybium, de consolatione*; *Ad Helviam matrem de consolatione*; *De clementia, libri duo*; *de beneficiis, libri VII*. (Cf. W. S. Teuffel, *Geschichte*, etc.)—(T.)

(5) 39-65 de J. C. Se conserva su poema *Pharsalia*, en diez libros.—(T.)

(6) 42-102 d. de J. C. Se conservan sus *Epigrammata* en catorce libros precedidos de otro, rotulado: *Liber Spectaculorum*.—(T.)

luminoso juicio y grave laconismo de Quintiliano (1).

Todos estos escritores ostentan en germen las cualidades típicas, tanto de lozanía como de debilidad, que fueron desenvolviéndose luego en la evolución de la literatura española, y su influencia sobre las letras fué equiparada por su autoridad en los negocios del Estado. El español Balbo fué el primer bárbaro que llegó al Consulado; un sobrino suyo, español también, fué el primer bárbaro que obtuvo el honor del triunfo público (2); el español Trajano (3) fué el primer bárbaro llamado Emperador, el primer Emperador que hizo del Tigris la frontera oriental de sus dominios, y el único Emperador cuyas cenizas fueron admitidas en el recinto de la ciudad romana. Y la victoria del vencido fué completa cuando el español Hadriano (4), el autor de los célebres versos:

«Animula vagula blandula
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca,
Pallidula, rigida, nudula,
Nec, ut soles, dabis iocos?»

doctísimo en letras y artes, llegó á ser dueño del mundo.

(1) 35-95 d. de J. C. Escribió: *De causis corruptae eloquentiae; De institutione oratoria, libri XII.*—(T.)

(2) Generalmente suele confundirse á L. Cornelio Balbo, natural de Cádiz, ilustre General, amigo de César y Pompeyo, y por quien pronunció Cicerón un célebre discurso el año 697 de Roma, con su sobrino P. T. L. Cornelio Balbo, hijo de P. Cornelio Balbo, gaditano también, y vencedor de los Garamantas el año 19 antes de J. C.—(T.)

(3) 53-117 d. de J. C.—(T.)

(4) 76-138 d. de J. C.—Cf. sobre Adriano: Spartianus, *Vita Hadriani*; Ferdinand Gregorovius, *Der Kaiser Hadrian* (Stuttgart, 1884), y Plew, *Quellenuntersuchungen zur Geschichte des Kaisers Hadrian* (Strassburg, 1890).—(T.)

Gibbon (1) declara con justicia que la época más feliz de la historia de la humanidad es «aquella que transcurre desde la muerte de Domiciano hasta el advenimiento de Cómodo»; y los españoles, que cuentan á Marco Aurelio como hijo adoptivo de Córdoba, se glorían con legítimo orgullo de que de aquellos ochenta áureos y prósperos años, sesenta por lo menos transcurrieran bajo el cetro de los Césares españoles.

Por otra parte, y dejando á un lado excepcionales casos, la dicción latina de los españoles molestaba algún tanto los oídos refinados. Cicerón (2) ridiculiza el acento *pingue quiddam atque peregrinum* que se echaba de ver hasta en los más doctos españoles que pisaron el suelo de Roma; Marcial (3), retirado en su patria, BÍlbilis, se horrorizaba de la posibilidad de incurrir en algún idiotismo local; y Quintiliano (4), purista más severo aún que un verdadero romano, miraba con ceño la introducción de sus provincialismos patrios en el habla vulgar de la capital. En Roma, las incorrecciones de lenguaje eran notadas donde menos se esperaba. Bien pudo Catulo mofarse de Arrio (5) (precursor de un tipo londonense) (6),

(1) *Decline and Fall of the Roman Empire*, cap. III.—Eduardo Gibbon (1737-94), ilustre historiador inglés, empezó á publicar su *Decline and Fall* en 1776, terminando en 1788. Su autobiografía es joya de la literatura inglesa. La *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* está traducida al castellano por D. José Mor de Fuentes, en ocho tomos en 4.º—(T.)

(2) *Pro A. Licinio Archia poeta*, X, 26.—*De divinatione*, II, 64.—(A.)

(3) Lib. IV, epigr. 55. Lib. XII, praef. Lib. XII, epigr. 53.—(A.)

(4) *De instit. oratoria*, I, 5.—(A.)

(5) «*Chommoda dicebat, si quando commoda vellet
Dicere et hinsidias Arrius insidias.*»

(Catul. LXXXI, ó bien LXXXIV, según otras ediciones.)—(T.)

(6) Llámase 'Arrio en Londres al tipo que quiere darse tono de

en la cuestión de las aspiradas; el atildado gramático halló que censurar en el mismo Augusto (1). *A fortiori*, Hadriano fué criticado por sus solecismos españoles. Pero la novedad es la reina del día. La centuria que media entre Livio y Tácito (2) muestra diferencias de estilo inexplicables por la socorrida teoría de las variaciones del temperamento; y cambios aún más sorprendentes caracterizan los dos siglos que separan á Tácito de San Agustín. Esto no es otra cosa sino una nueva confirmación de la antigua máxima, según la cual así como la velocidad de los cuerpos que caen aumenta con la distancia, así las decadencias literarias se hacen mayores con el tiempo.

Lo que aconteció en Italia y Africa, tuvo lugar en España. El majestuoso *sermo urbanus* cedió el paso al *sermo plebeius*. Los soldados españoles habían descubierto «el funesto secreto del Imperio, es á saber, que los Emperadores podían ser elegidos en otros lugares que en Roma». No menos funesto fué el descubrimiento de que podía hablarse latín sin necesidad de guardar miramientos con los modelos romanos. A medida que decae el imperio de la forma clásica, progresa el de los ejemplares eclesiásticos. El latín eclesiástico de la cuarta centuria brilla con su mayor esplendor en los versos del poeta cristiano y español Prudencio (3); con él renacen las for-

caballero, pero no pronuncia bien la letra *h* (imperdonable falta en inglés). Conviene advertir que *Hárry* es el diminutivo de *Henry*, como *Hárriet* de *Henrietta*.—(T.)

(1) Vid. Suetonius, *De vita Caesarum* (Divus Octavius Augustus, 88).—(A.)

(2) Creen algunos que Tácito fué discípulo de Quintiliano.—(A.)

(3) Nació en 348 ó 350, en Zaragoza ó Calahorra. Escribió: *Kathemerinón* (Libro de los Himnos); *Amartiguenia* (Origen del pecado); *Peristefanon* (Libro de las Coronas); *Apotheosis* (Apteo-

mas métricas del clasicismo. Prudencio no domina, pero procura continuar la tradición del verso romano, y aunque realmente no tiene versos aconsonantados, muestra tendencia á esta novedad en composiciones como el *Hymnus ad Galli Cantum*. Durante el más glorioso período de la poesía romana, soldados, marineros y literatos tenían en el *versus saturnius* un sistema métrico espontáneo, que no guardaba las reglas de la cantidad, pero sí las del acento, y esa métrica vulgar había de sobrevivir á su aparatosa rival (1). Se duda acerca de si la prosodia cuantitativa, traída de Grecia por petimetres literarios, floreció alguna vez fuera del círculo de los literatos de profesión. Lo indiscutible es que las importadas reglas métricas, fundadas en la influencia de las vocales y en la colocación de las consonantes, fueron sustituidas gradualmente por leyes más libres de cantidad silábica, en las cuales el acento y la cadencia tónica hacían de factores principales.

Cuando cayó el Imperio de Occidente, España fué presa fácil de los bárbaros del Norte, quienes se apoderaron del territorio por la fuerza de las armas, y tuvieron poco contacto con los pobladores. España no debe á los godos otra cosa que tinieblas y desolación. Ningún libro, ninguna inscripción de origen gótico se conserva; las Gongorinas cartas, atribuidas al rey Sisebuto, no son obra suya (2), y hasta es dudoso que los godos legaran más que unos cuantos vocablos al léxico español. La de-

sis); *Psicomaquia* (Lucha del alma); *Adversus Symmachum, libri II*; *Dittochaeon* (¿Doble alimento?). Murió por los años de 410.—(T.)

(1) Horacio, en la *Epist.* 2 del lib. I, vers. 157, indica su desdén respecto á la poesía popular. Véase también Cicerón, *Tuscul.* IV, 2.—(A.)

(2) Véanse dichas cartas impresas en el tomo VII de la *España Sagrada*.—(T.)

rrota de Don Rodrigo por Tarik y Muza, puso la Península á merced de la irrupción musulmana (1). El sentimiento nacional no se había despertado aún. Witiza y Don Rodrigo eran considerados por los españoles como la gente de Italia y Africa consideraba á Totila y á Gálimaro. El clero permanecía separado de sus gobernantes. Algunos privados godos fueron propuestos para diócesis que no existían, pero con pingües rentas; godo hubo que ocupó él solo dos sedes á la vez, y, como por vía de contrapeso, Toledo estaba mal gobernada por dos Obispos godos rivales. Oprimidos por un severo Código penal, los judíos saludaron á los árabes invasores como á parientes orientales, de raza también circuncidada, y en unión de los esclavos paganos fueron en auxilio de los conquistadores. Tan obscura es la historia de los años siguientes, que se ha llegado á decir que sólo hay en ella una cosa cierta, y es el nombre de Don Rodrigo. No menos cierto es que en breve transcurso de tiempo fué subyugada casi toda la Península. Los más belicosos españoles,

Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores (2),

reunidos con Pelayo en la cueva de Covadonga, cerca de Oviedo, entre las cadenas del Pirineo, derrotaron á las huestes del béber Alkamah y del traidor Arzobispo D. Opas. «Confianto en la protección de sus riscos—dice Gibbon—estos montañeses fueron los últimos que se so-

(1) Véase, acerca de este punto, el *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*, por D. Eduardo Saavedra. (Madrid, 1892.) (T.)

(2) Los versos ingleses:

«*Patient of toil, serene among alarms,
Inflexible in faith, invincible in arms,*

se leen en la estrofa oncena de *The Minstrel*, poema de James Beattie (1735-1793).—(T.)

metieron á las armas de Roma y los primeros que sacudieron el yugo de los árabes» (1). Mientras en los otros asturianos el espíritu de la nacionalidad española se amamantaba entre agitaciones, los meridionales, menos indomables, aceptaron su derrota. Los pocos que abrazaron el islamismo fueron despreciados como *muladies* (2); la mayor parte, adoptando todo, excepto la religión de sus dominadores, recibieron el nombre de *muzárabes* (3), así como los moros que quedaron en situación análoga dentro de territorio cristiano durante el curso de la Reconquista, fueron llamados *mudéjares* (4).

Las tradiciones literarias de Séneca, Lucano y sus colegas pasaron por manos de medianías (5) como sus contemporáneos Pomponio Mela (6) y Columela (7), para ser transmitidas á Cayo Vecio Aquilino Iuvenco, á quien se debe una traducción en verso de los Evangelios, donde imita los hexámetros de Virgilio, no sin cierta energía

(1) Gibbon, *Decline and Fall of the Roman Empire*, capítulo 1.—(A.)

(2) Del árabe: *mowallad* = renegado.—(T.)

(3) Del árabe: *mostarab* = arabizado.—(T.)

(4) Según el Sr. Fernández y González, historiador diligentísimo del estado social y político de los mudéjares castellanos, este vocablo viene del árabe *modejal* (de *déjala* = entrar en tratos y conferencias con alguno), ó de *modachchan* (gente de la permanencia).—(T.)

(5) En este punto no estamos enteramente de acuerdo con el autor. Quizá pudiera calificarse de *medianía* á Pomponio Mela si se le comparase con Estrabón, Pausanias ó Ptolomeo; pero Columela es algo más que una medianía. Columela es un escritor de gran mérito, un poeta elegante y correcto, y sin disputa el más ilustre de los tratadistas clásicos *De re rustica*, sin excluir á Catón, á Varrón ni á Plinio.—(T.)

(6) Escribió: *De Chorographia, libri III.*—(T.)

(7) Escribió: *De re rustica, libri XII.* El libro X, que trata de horticultura, está escrito en hexámetros.—(T.)

provincial (1). Algunos poetas menores, que no carecen de inspiración en su género, sobreviven en las *Inscriptiones Hispaniae Christianae* de Emilio Hübner (2). Entre los sabios eclesiásticos de su tiempo, descuella San Dámaso (m. 384), primer papa español, quien demuestra todo el celo de su raza persiguiendo la herejía y protegiendo el monacato. La suave elocuencia por la que mereció el nombre de *Auriscalpium Matronarum* (lit.: escarbaorejas de las damas), se ha olvidado ya; pero merecen recordación sus trabajos como epigrafista y sus excitaciones á su amigo San Jerónimo para que tradujera la Biblia. Anterior á San Dámaso, pero de menor importancia literaria, fué Hosio de Córdoba (m. 357), el Mentor de Constantino, el campeón de la ortodoxia de San Atanasio, el obispo que presidió el Concilio de Nicea y á quien se atribuye la introducción en el Credo Niceno de aquella importante cláusula: *Genitum non factum, consubstantialem Patri*.

Síguele Prudencio (350-413) (3), cuyas producciones nos traen á la memoria el carácter terrible y sepulcral que distingue la escuela artística de Ribera; pero á la firmeza y energía de este último, agrega el poeta cristiano tonos más tiernos y suaves. Romano y español al mismo tiempo que cristiano, Prudencio habla siempre con cariño del lugar de su nacimiento: *afelix Tarracon* (era

(1) Vivió Iuvenco en tiempo de Constantino el Grande. Su poema lleva el título de *Historia Evangélica*.—(T.)

(2) Véase también el artículo de Hübner: *Inscripción Romana de Argavieso*. *Poetas españoles del primer siglo*, en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* (Abril 1886), y su estudio: *Los más antiguos poetas de la Península*, en el *Homenaje á Menéndez y Pelayo* (II, 241-365).—(T.)

(3) Otros dan las fechas de 348-410, como hemos indicado anteriormente.—(T.)

quizá natural de Tarragona) (1); con cierto orgullo que conmueve, se gloria de que César Augusta dió á la Iglesia, después de Roma y Cartago, el mayor número de mártires. Sin embargo, á pesar de su espíritu cristiano, puede tanto en él el sentimiento de la grandeza imperial, que llega á decir: es tan superior un ciudadano romano á un grosero bárbaro, como el sér racional á las bestias.

Prisciliano y su compañero de padecimientos Latrocinio (m. 385), los primeros mártires puestos en los altares por la Cristiandad, fueron ambos presbíteros de singulares dotes. Como discípulo de San Agustín y compañero de San Jerónimo, Orosio (n. 390) merecería recordación aunque no agregase á esos títulos el de ser el más antiguo de los historiadores universales. Lo mismo que Prudencio, Orosio une á su simpatía por el Imperio, cuya destrucción lamenta, el fervor del sentimiento regional. Español sincero y altivo, relata las batallas que sus antepasados dieron por la libertad; sólo encuentra un nombre superior al de Numancia, y es el de la madre del mundo, Roma; y su corazón se compadece de la ceguera de los bárbaros, obstinados en cerrar los ojos á la luz. A pesar de ser frío, austero y hasta cínico en ocasiones, Orosio siente profunda emoción al pensar en los Césares, y se entusiasma al considerar que, nacido en no obscura ciudad (2), puede atravesar el mundo bajo la égida de la jurisdicción romana. A ese vasto conjunto de razas diversas, todas las cuales se expresan en un mismo idioma y reconocen una ley universal, da Orosio el novísimo nombre de *Romanía*.

(1) Otros señalan como lugar más probable Calahorra. En este punto no hay, sin embargo, completa certidumbre.—(T.)

(2) Alude al vers. 39, cap. XXI de los *Hechos*.—(T.)

Viene después Liciniano (circa 584), Obispo de Cartagena, correspondiente de San Gregorio Magno. Pero la figura más encumbrada é ilustre de esta época es la de San Isidoro de Sevilla (m. 636)—*beatus et lunem noster Isidorus* (1).—La originalidad no es ciertamente la cualidad característica de San Isidoro, y los versos latinos que corren bajo su nombre son de dudosa autenticidad, pero su enciclopédica erudición es verdaderamente asombrosa y le coloca, juntamente con Cassiodoro, Boecio y Marciano Capella, entre los más insignes educadores del Occidente. San Braulio, Obispo de Zaragoza, se distingue como editor de las obras póstumas de su maestro San Isidoro, y como autor del himno al nacional San Millán. No son tampoco para omitidos los nombres de San Eugenio, un versificador realista de la época, y San Valerio, que poseía todas las dotes de un buen poeta, excepto la habilidad para hacer versos. Extranjeros naturalizados, como el húngaro San Martín Dumiense, Obispo de Braga, dieron también lustre á España, mientras españoles como Claudio, Obispo de Turín, y Prudencio Galindo, Obispo de Troyes, llevaban á otras tierras la fama nacional: el primero, en escritos que prueban la persistencia de la tradición de Séneca; el segundo, en sus polémicas con los panteístas. Más notables méritos distinguían á Teodulfo, Obispo español (2) de Orleans, que sobresalió en la corte de Carlomagno como literato

(1) Vid. sobre San Isidoro: Hugo Hertzberg, *Die Historien und die Chroniken von Sevilla*, Göttingen, 1874; Menéndez y Pelayo, *San Isidoro: su importancia en la historia intelectual de España*, Sevilla, 1881; Carlos Cañal, *San Isidoro*, Sevilla, 1897.—(A.)

(2) Hay quien dice que Teodulfo fué italiano. Entiende, por el contrario, que era de origen español, Adolfo Ebert, en su *Allgemeine Geschichte der Literatur des Mittelalters im Abendlande*. Leipzig, 1880, II, págs. 70-84.—(A.)

y poeta; ni es probable que el nombre de Teodulfo llegue á olvidarse nunca, pues aún se canta en todas partes su hermoso himno *Gloria, laus et honor*, durante la festividad del Domingo de Ramos. No menos dignos de mención son los escritores del gran himnario gótico-latino, los autores del *Breviarium Gothicum*, de Francisco Lorenzana, y de la *Hymnodia Hispanica*, de Faustino Arévalo.

Bastante hemos dicho para demostrar que en medio del trastorno que la invasión gótica ocasionó, la literatura fué cultivada, si no por los godos, por los demás españoles, con un éxito que no fué obtenido por otros pueblos de Occidente. Sin duda hubo en España, como en los demás países, mucho saber pretencioso y mucha ignorancia osada. Españoles hubo, en efecto, émulos de San Ouen, que escribió acerca de Homero, Menandro y Virgilio, tratándoles como á tres pelagatos. Asimismo el biógrafo español de un regional San Bavon confunde á Tityro con Virgilio, y dice que los contemporáneos de Pisítrato en Atenas hablaban ordinariamente en latín. El atrevimiento de la ignorancia es cosa de todos los tiempos.

Desde Prudencio en adelante, los estudios literarios se mantuvieron siempre en una ú otra forma. Después de la llegada de Tarik se observa en aquéllos una laguna de un siglo; pero aun en ese período de obscuridad tenemos destellos como la *Crónica* del Anónimo de Córdoba, atribuída con demasiada ligereza á Isidoro Pacense. El renacimiento intelectual aparece, no entre los árabes, sino entre los judíos de Córdoba y Toledo. Se pintaba á esta última ciudad como antiquísima morada de magos, donde el diablo se entretenía en apoderarse de su propia sombra. Según una piadosa creencia, los clérigos iban á París para aprender «las artes liberales», y á

Toledo para doctorarse en demonología y olvidar la moralidad (1). La fama de Córdoba, como la flor de las ciudades del mundo, cruzó el Rhin y llegó hasta la celda de Roswitha (2), monja que ocupaba sus ocios escribiendo comedias latinas. Pero los trabajos de los judíos y de los árabes españoles requieren estudio aparte. Aquí sólo diremos que entre los literatos de esa raza figuran personalidades tan eminentes como el judío Aben-Gebirol ó Avicibrón (m. en 1070?), poeta y filósofo, á quien Duns Scoto venera como á su maestro (3), y el no menos ilustre Judah ben Samuel el Levita (n. en 1086), á quien celebra Heine en el *Romancero*:

«Rein und wahrhaft, sonder Makel
War sein Lied, wie seine Seele» (4).

En cierto sentido, si nos fijamos en su artificio favorito de cerrar una estancia hebrea por medio de un verso en romance, podemos considerar á Judah ben Samuel el Levita como el más antiguo de los cultivadores conocidos del verso español. También un poeta árabe, de origen hispano, Aben-Hazm, se anticipó al catalán Auzías March, fundando una escuela de poesía místico-amorosa.

Pero donde más sobresalen los judíos y árabes espa-

(1) Cf. Helinandi Frigidimontis Monachi: *Sermo II. In Ascensione Domini*, fol. 257 *Bibliothecae Fratrum Cisterciensium*: Bernard Tissier, tomo VII, fol. 257. Bono-forte.—(A.)

(2) Roswitha: *Poema Quartum, Passio Sancti Pelagii*:—

«Córdoba famosa locuples de nomine dicta,

Inclyta deliciis, rebus quoque splendidis cunctis», etc.—(A.)

(3) Cf. Ibn-Gebirol (Aven-Cebrol), *La fuente de la vida*, traducida en el siglo XII por Juan Hispano y Domingo González, del árabe al latín y ahora por primera vez al castellano por Federico de Castro y Fernández. Madrid, B. Rodríguez Serra, 1901.

(4) «Puro, sincero y sin mancha es su canto, como su alma.»—(T.)

ñoles es en el terreno de la filosofía. En este concepto se distinguen Aben-Badjah ó Avempace (m. en 1138), el adversario del escepticismo místico de Al-Gazzali; y Abu-Bekr Aben Al-Tofail (1116-85), autor de la novela neoplatónica y panteísta rotulada *Risalat Haiy ben Yakzan* (1), cuya principal tesis es que la verdad religiosa y la verdad filosófica no son sino dos aspectos de una misma realidad. Mohamed ben Ahmed ben Roxd (1126-98), mejor conocido con el nombre de Averroes (2), pro-

(1) Cf. la edición: *Philosophus autodidactus sive epistola Abi Jaafar, ebn Tophail, de Hai ebn Yokdhan, in qua ostenditur quomodo ex inferiorum contemplatione ad superiorum notitiam ratio humana ascendere possit*. Arabicè et latinè edidit E. Pococke. Oxford, 1671.—Recientemente ha salido á luz, en la *Colección de estudios árabes* (Zaragoza, 1900), una traducción castellana del *Filósofo Autodidacto*, hecha directamente del árabe por el malogrado orientalista Francisco Pons Boigues. Precédela un Prólogo del Sr. Menéndez y Pelayo, y lleva como apéndice la versión de la *Alegoría mística Hay Benyocdán*, de Avicena.—(T.)

(2) Su verdadero nombre era Abulwalid Mohammed ben-Ahmed ben-Mohammed ben-Ahmed ben-Ahmed ben-Roxd. Nació en Córdoba el año 520 de la Hégira (1126 de J. C.) y murió en Marruecos el año 595 (1198 de J. C.). Además de sus grandes méritos como escritor, los tiene singulares como político. Protegió sus primeros pasos en la corte el célebre filósofo y médico de Guadix Aben Tofail (Abu Bekr Mohammed ben Abdelmalec ben Tofail). Gozó de gran predicamento cerca del Rey almohade Yacub Almansur-billah. Fué cadí de Sevilla y de Córdoba. En sus últimos días se vió perseguido, siendo desterrado á Lucena y quemados sus escritos. No hay que confundir á Averroes con su abuelo Abulwalid Mohammed, que lleva el mismo nombre y fué también cadí de Córdoba (1058-1127). Casiri y Renan incurren, sin embargo, en esta confusión, verdaderamente difícil de evitar por la semejanza de los nombres y circunstancias personales. Vide sobre esto la pág. 545 de la por muchos conceptos notable obra de mi querido amigo D. Rafael de Ureña *Sumario de las lecciones de historia crítica de la literatura jurídica española dadas en la Universidad Central*. Madrid, 1897-1898.—(T.)

fesó la doctrina de la universal naturaleza y unidad del intelecto humano, explicando las diferencias individuales mediante una fantástica teoría de grados de iluminación.

Aunque árabe, Averroes fué más respetado por los judíos que por la gente de su propia raza. Su gloria fué tan duradera, que tres siglos más tarde le vemos citado por Colón (1), y la influencia de su doctrina fué tan tenaz, que aún prevalecía en las enseñanzas de la Universidad de Padua, en tiempo de Lutero. Más augusta todavía es la personalidad del «Aristóteles español», Mosseh Aben Maiemona ó Maimónides (1135-1204), el más grande de los judíos europeos, el padre intelectual, por decirlo así, de Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. Natural de Córdoba, se vió obligado después Maimónides á marchar al Cairo, donde llegó á ser principal rabí de la Sinagoga, y sirvió á Saladino en calidad de médico, rehusando desempeñar el mismo cargo cerca de Ricardo Corazón de León. Es discutible si Maimónides era judío por convencimiento; lo que no ofrece duda es que se conformó exteriormente con el mahometismo (2). En un agudo epigrama se sintetiza su manera de ser, diciendo de él que filosofaba el Talmud y *talmudeaba* la filosofía. Sería absurdo, por de contado, suponer que su buen sentido crítico pudo aceptar la pueril leyenda del *Haggadah*, donde, entre otras cosas semejantes, refieren los rabinos que el león teme el canto del gallo y

(1) Cf. Navarrete: *Colección de los viajes y descubrimientos*, t. I, pág. 261.—(A.)

(2) Conviene consultar acerca de Maimónides, además de la *Biblioteca rabinica* de Rodríguez de Castro y de los estudios extranjeros, las págs. 316-320 del tomo III del *Análisis filosófico de la escritura y lengua hebrea*, por D. A. M. García Blanco. Madrid, 1851.—(T.)

que la salamandra apaga el fuego, con otros portentos *eiusdem farinae*. En su *Yad ha-Hazakah* (*La Mano Fuerte*), procura Maimónides purgar el Talmud de sus *pilpulim* ó comentarios casuísticos, y transformar ese montón de inmundicias en libro que sirviera de guía importante para la vida práctica. De aquí que tienda á dar una interpretación racional de los textos sagrados. Maimónides no niega precisamente, pero explica por medio de una simbólica exégesis, infinitamente sutil y alambicada, la comunicación directa con la Divinidad, los milagros y los dones proféticos. Los judíos africanos y españoles recibieron con docilidad la nueva enseñanza, y en vida de su autor llegó á ser completo el triunfo de la doctrina (1). Algunos de los discípulos exageraron el cauteloso racionalismo del maestro, y así surgió la inevitable reacción de la *Kabbala* con todo su aparato de meditaciones extravagancias. La reacción fué acaudillada por otro español, el místico catalán Bonastruc de Portas ó Moses ben Nahman (1195-1270); la relación entre los dos adversarios se manifiesta en la leyenda rabínica, según la cual las almas de ambos brotaron en la cabeza de Adán: Maimónides procede del rizo izquierdo, que simboliza la severidad de juicio; Moses ben Nahman del derecho, que representa la ternura y la misericordia.

En el orden literario, la pretendida «influencia arábiga», si por ventura existe, no es dable en modo alguno compararla con la de los judíos españoles, quienes pue-

(1) Mi distinguido amigo el Sr. D. Mario Schiff ha dado á conocer en la *Revista crítica de historia y literatura* (tomo II, páginas 160-176) una traducción castellana inédita del *More Nebuchim* ó *Guía de los descarriados*, de Maimónides (ms. Kk-9 de la Biblioteca Nacional), hecha á principios del siglo xv por el converso Pedro de Toledo.—(T.)

den gloriarse de que Judah ben Samuel el Levita sobrevive como uno de los maestros del Dante. A Judah se le cuenta entre los inmortales, y ningún árabe alcanza á desatar la correa de sus sandalias. Acontece, sin embargo, muchas veces, que un personaje de segundo orden, favorecido por la ocasión y la fortuna, se pone al frente de una revolución literaria. Pero eso no tuvo lugar en España. Los innumerables poetas hispano-árabes, vulgarizados por la diligencia de Schack é interpretados por el genio de Valera, no sólo son incomprensibles para nosotros y para los españoles, sino también para sus contemporáneos árabes, que necesariamente hubieron de ignorar lo que á todas luces constituía una lengua muerta, el artificioso y complicado tecnicismo del verso oriental. Si, pues, sus propios conterráneos erraban al interpretar estos poetas, sería muy chocante que su difícil ampulosidad se hubiese infiltrado en el castellano. Es anticientífico y casi absurdo afirmar que lo que confunde á los más eminentes arabistas de nuestros días, era llano y corriente hace mil ó seiscientos años á un vagamundo cantante. Es, no obstante, opinión bastante extendida, la de que la forma del *romance* castellano (composición épico-lírica en octosílabos asonantados) procede de modelos árabes. Esta teoría (1) es tan insostenible como la que atribuye la rima provenzal á cantores árabes. No menos errónea es la creencia de que todo el sistema de los asonantes es de invención árabe. No sólo son comunes los asonantes á todas las lenguas romances, sino que existen en himnos latinos, compuestos siglos

(1) Sustentada entre nosotros por D. José Antonio Conde, Don Pedro José Pidal y D. Pascual de Gayangos, y rechazada por Dozy. Cf. sobre este punto el importante *Discurso* leído por D. Luis Fernández-Guerra y Orbe en el acto de su recepción pública en la Real Academia Española, el día 13 de Abril de 1873.—(T.)

antes del nacimiento de Mahoma, y por lo tanto, mucho antes de que ningún árabe llegase á Europa. Es hecho significativo el de que ningún arabista crea en la fábula de la «influencia arábica», pues no son los arabistas más dados que otros cultivadores de especialidades á rebajar la importancia de sus estudios.

En puridad de verdad, este mito árabe no es otra cosa que un mal sueño, una pesadilla sobrevenida después de la indigesta lectura de las *Mil y una noches*. Gracias á Galland, Cardonne y Herbelot, llegó á ser general la creencia de que los árabes fueron la gran fuerza creadora de lo novelesco. Pero atribuirles la paternidad de los *romances* españoles y de las *trobas* provenzales, es una verdadera extravagancia. La hipótesis en que se funda esta teoría es la de que los españoles se interesaron de una manera especial en el aspecto intelectual de la vida árabe, pero semejante presunción no está justificada por los hechos. Exceptuando muy contados casos, como la parte de la *Crónica general* en que se habla de la conquista de Valencia (1), los historiadores castellanos desconocen por completo á sus rivales arábicos. Hay, en verdad, cierto género de *romances fronterizos*, como el que versa sobre la pérdida de Alhama, que está basado en tradiciones árabes, y poesías como la de Abenamar, que pueden considerarse como obra de un moro que se expresa en castellano (2). Pero estos son casos aislados, excepcionales, y aun así, la excepción alcanza únicamente á las fuentes de la leyenda, no á la forma de la composición, que en nada difiere de la de otras dos mil por el es-

(1) Vid. sobre esto á Dozy; á Malo de Molina, *Rodrigo el Campeador*, Madrid, 1857; y á Don Juan Facundo Riaño, *Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia*. Madrid, 1869.—(T.)

(2) Vid. el *Romancero General* de Durán, números 12 á 21; 1037 y 1038; 1061 á 1066.—(T.)

tilo insertas en el *Romancero*. Para encontrar ejemplos de verdadera imitación, debemos pasar al siglo xv, época en que un erudito lírico, como el Marqués de Santillana, se ejercita deliberadamente en el metro de un *zachal* árabe, como hizo también un poeta anónimo del *Cancionero de Linares* en cierto fragmento que se conserva. Estas son audacias métricas, semejantes á las imitaciones que de *ballades* y *rondeaux* franceses han hecho en nuestros días hábiles literatos, como Mr. Dobson, Mr. Gosse, Mr. Henley y Mr. Lang (1). Sería de todo punto injustificado suponer, fundándonos en dos únicos ejemplos relativamente modernos en la historia del verso castellano y desentendiéndonos de otras consideraciones, que un vagamundo cualquiera se asimilase por intuición una rima cuyo enredo extravía á los más diestros. No es esto decir que la poesía popular árabe no haya ejercido influencia alguna en la poesía popular castellana, v. gr., en las *coplas*, que á veces no parecen ser otra cosa que traslaciones de cantos árabes. La tesis varía de aspecto en tal sentido, pues hemos de interesarnos en una literatura con la cual esas lánguidas *coplas* están ligeramente emparentadas (2).

(1) Cuatro distinguidos poetas que han influido en el Renacimiento francés en Inglaterra. Henry Austin Dobson nació el 18 de Enero de 1840: es autor de *Vignettes in Rhyme* (1873) y otras notables producciones. Edmundo Gosse nació el 21 de Setiembre de 1849: es autor de *On viol and lute* (1873), *New Poems* (1879), *Seventeenth-Century Studies*, *Gossip in a Library*, *Critical Kit-Kats*, etc. Williams Ernest Henley nació el 23 de Agosto de 1849: es autor de *A Book of Verses* (1888), *The song of the Sword* (1892), etcétera. Andrew Lang nació el 31 de Marzo de 1844: es autor de *Ballads in Blue China* (1880), *Ballads and verses vain* (1884). Todos brillan por su forma, pero Mr. Henley es sin duda el más verdadero poeta de la actual generación inglesa.—(T.)

(2) Al decir «ligeramente» quiero dar á entender que estas *co-*

La «influencia arábica» debe buscarse principalmente en la difusión del apólogo, moralidad ó máxima oriental, derivados del sánscrito. Mr. Bédier (1) ataca con singular erudición, vigor é ingenio la teoría que sustenta la procedencia oriental de los *fableaux* franceses. Sin embargo, el hecho de que la fuente inmediata de compilaciones como la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso (impresa en parte, como las *Fables of Alfonse*, por Caxton (2), año de 1483, en *The Book of the subtyl Historyes and Fables of Esope*), es arábica, ofrece tanta evidencia como el origen de los apólogos puestos en castellano por D. Juan Manuel, ó la derivación de los proverbios del Rabí Sem Tob de Carrión. He aquí los beneficios literarios que España, juntamente con el resto de Europa, debe á los árabes, deuda que sus novelas picarescas y sus comedias tienen pagada con creces; los árabes hicieron entonces el papel de mediadores, tomando del sánscrito la historia de *Kalilah y Dimna* por medio de la

plas, aunque interesantes por sí mismas, no son composiciones *literarias*, en el estricto sentido de la palabra. Compárense, por ejemplo, estos versos:

«On her white breast a radiant cross she wore,
Which Jews might kiss, and infidels adore.»
(«Sobre su blanco pecho lleva una rutilante cruz,
Que besarían de buen grado los judíos y adorarían los infieles.»)

(Pope: *Rape of the Lock*, canto II.)

«Donde matan á un cristiano
Suelen poner una cruz;
Por eso con hilo de oro
Al cuello la llevas tú.»

(*Copla castellana.*)

El pensamiento es casi idéntico; la diversidad de forma indica la diferencia que existe entre la poesía *culta* y la *popular*, entre la literatura artística y la vaga inspiración del juglar inculto.—(A.)

(1) Véase su obra *Les Fabliaux*, 2.^a edición, 1895.—(A.)

(2) William Caxton (1412?-1492), introductor de la imprenta en Inglaterra.—(T.)

versión pehlevi, y comunicándola desde España á los demás países del Continente. Y no conviene pasar en silencio que fueron españoles algunos de los árabes que intervinieron en la traslación.

Menos fácil es determinar la extensión que el habla arábica tuvo en España. Los patriotas quieren persuadirnos de que los árabes no aportaron nada al fondo general de cultura, y los más comedidos insisten en que los españoles dieron más de lo que tomaron prestado. Pero esta idea puede ser encarecida en demasía. No cabe desconocer que el árabe tuvo una gran boga, aunque quizá no tanta como parece inferirse del testimonio de Paulo Alvaro Cordubense, quien en su *Indiculus luminum*, obra del siglo IX, se burla de sus conterráneos porque descuidaban su antigua lengua prefiriendo los vocablos hebreos y arábigos. La influencia étnica de los árabes es aún perceptible en Granada y otras ciudades del Mediodía, y es indudable que los matrimonios recíprocos, medio el más seguro para fortalecer el imperio del idioma del vencedor, fueron frecuentes á partir de la misma invasión, desde que la viuda de Don Rodrigo, Egilona, casó con Abdalaziz, hijo de Musa, el vencedor de su difunto marido. Un Alfonso de León se desposó con la hija de Abdallah, emir de Toledo; y un Alfonso de Castilla se unió en matrimonio con la hija de un emir de Sevilla. «Las nupcias que desagradaron á Dios», de la hija de Alfonso V con un árabe (algunos dicen que con Almansur), se cantan en un famoso *romance* inspirado en la *Crónica General* (1).

En documentos oficiales tan remotos, como que datan del año 804, se leen ya palabras árabes. El desuso local del idioma latino se prueba por el hecho de que en el

(1) Cf. el *Romancero*, de Durán, núms. 721 y 722.—(T.)

mismo siglo IX el Obispo de Sevilla creyó necesario traducir la Biblia en árabe para uso de los muzárabes; y aún es más evidente muestra de la decadencia del latín la existencia de una versión árabe de la Colección canónico-goda (1). Entre los eclesiásticos más ilustrados había quienes leían el árabe más fácilmente que el latín. Los poetas judíos, como Avicebrón y Judah ben Samuel el Levita, empleaban á veces el árabe con preferencia al hebreo; y es casi seguro que las estrofas del *ravi* árabe modificaron radicalmente la estructura del verso hebraico. Aparte de esto y del testimonio de Paulo Alvaro Cordubense, San Eulogio afirma que algunos cristianos (cita expresamente á Isaac el mártir) hablaban el árabe con perfección. Y no se diga que este celo por la lengua del vencedor estaba siempre determinado por la presión oficial; por el contrario, califa hubo que llegó hasta el extremo de prohibir á los judíos y cristianos españoles el estudio del árabe. No fué pasajera la moda; sacudido el predominio árabe, todavía se hacía uso de esta lengua. Alvar Fañez, mano derecha del Cid, escribía su nombre en caracteres arábigos. El *dinar* cristiano, árabe en la forma y en la inscripción, fué empleado para combatir el *dinar* almoravide, que rivalizó en popularidad con el besante de Constantinopla, y aun en el siglo décimotercio se acuñaban monedas en España con símbolos arábigos en el reverso.

No obstante, á pesar de tales influencias, el rudo latín del invencible Norte se conservó casi intacto. Exceptuando determinados centros, era hablado por algu-

(1) También se tradujo al árabe el *Liber iudiciorum*, y era opinión del ilustre jurisconsulto y arqueólogo español D. Rafael Floranes, Señor de Tavaneros, que la versión que del *Fuero Juzgo* se hizo al castellano en tiempo de San Fernando estaba hecha, no del latín, sino de una traducción arábica.—(T.)

nos cristianos y por los españoles refugiados en la provincia Tingitana de Africa. Mucho habría que rebajar también de las jeremiadas de Paulo Alvaro Cordubense. Así como este escritor se lamenta del tiempo que hubo de perder en el estudio del hebreo y del árabe, así se duele Avicebrón del empleo del árabe y del romance por los judíos. «Unos hablan Idumeo (romance), otros la lengua del Kedar (árabe).» Si la creciente arábica fué de consideración, no menos señalada fué la menguante, porque los árabes llegaron después á imitar con el mayor esmero el traje, las armas y las costumbres de los españoles, y el tipo del *moro latinado* (1) se multiplicó extraordinariamente. Un grupo no insignificante de escritores árabes (Aben Hazm, por ejemplo), se compone de hijos y nietos de españoles que no habían olvidado el idioma de sus padres. Cuando el Arzobispo D. Raimundo fundó el colegio de traductores de Toledo, donde Domingo Gundisalvo colaboró con el converso Abraham ben David (Iohannes Hispalensis) (2), pudo parecer que la conser-

(1) Vid. *Poema del Cid*, ed. Menéndez Pidal (verso 2.667).—(T.)

(2) Puede consultarse sobre este colegio de traductores el erudito libro de A. Jourdain: *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote et sur les commentaires grecs ou arabes employés par les docteurs scholastiques, nouvelle édition revue et augmentée par Ch. Jourdain*. Paris, 1843.—Véase también á F. Wüstenfeld: *Die Uebersetzungen Arabischer Werke in das Lateinische seit dem XI Jahrhundert* (Gottingen, 1877), y Boncompagni: *Della vita e delle opere di Gherardo Cremonese* (Roma, 1851).

En nuestra Biblioteca Nacional hay también algunos preciados códices que contienen traducciones de las mencionadas. Citaremos, como ejemplo, el que lleva la signatura *ms. 1407* (ant. *L, 59*). Es un códice del siglo XIV, compuesto de 138 folios y uno de guarda, con notas manuscritas. Está falto de principios y lleva numerosas notas marginales. Contiene los *Comentarios* de Galeno sobre Hipócrates, y al folio 69, verso, col. 1.^a, trae la siguiente inscripción:

vacación del árabe y del hebreo estaba asegurada. De ser así, no se habrían cometido errores de tan grueso calibre como el célebre del capuchino Henrico Seynense, que se hizo inmortal equivocando el *Talmud* («Rabbinus Talmud») con una persona (1). Pero no hay obra árabe que sea duradera. Lo que ocurrió con la filosofía arábica en España, tuvo lugar con el idioma; estaba en la naturaleza de las cosas. No fué realmente olvidado el hebreo, y aun pudo esperarse un renacimiento del árabe en la época de las Cruzadas. Sin embargo, sólo conocemos tres arabistas de aquel tiempo: Guillermo de Tiro, Felipe de Trípoli y Adelardo de Bath; y en la misma España, cuando Boabdil se rindió en 1492, apenas si había en Granada diez mil árabes que pudiesen hablar su lengua. Unas dos centurias antes (en 1311-12), un Concilio celebrado siendo Papa Clemente V, recomendó el establecimiento de cátedras de árabe en las Universidades de Salaman-

«Tractatus primus libri Galeni in quo exponit libros ypocratis de regimine egritudinum acutarum qui nominatur liber de acuti ordeí (sic) translatus a magistro Girardo cremonensi in collecto.»

En la Biblioteca del Escorial se conserva un códice del siglo xv que contiene la traducción castellana de 71 Salmos de David, hecha por «maestre herman el aleman segund cuemo está en el ebraygo». Lleva la signatura I, 1, 8. (Véase *El Salterio*, traducido por Juan de Valdés y publicado por Ed. Boehmer. Bonn, 1880, pág. 196.) —(T.)

(1) Véase Henricus Seynensis, *Anni Ecclesiastici*, pág. 261: «*Consuetudo erat admissa apud Iudaeos, ut narrat Rabbinus Talmud apud Spondanum, sepeliendi reos in cruce mortuos.*» Algo semejante se lee en la pág. 3 del Prefacio á la traducción latina de la *Guía de pecadores*, de Luis de Granada, hecha por Michael ab Isselt (2.^a edic., Coloniae, 1608): «*Mahometanorum legibus quid impurius? Quid depravatius? Coranus ille insignis eorum legislator, beatitudinem in cibo, potu, et uxorum multitudine constare affirmat.*» —(A.)

ca, Bolonia, París y Oxford (1). Salvo en Bolonia, la recomendación fué olvidada, y en España, donde pareció hallar eco en las esferas oficiales, el árabe casi pereció por falta de uso.

Además de un grupo de palabras técnicas, otro legado interesante de los árabes fué su alfabeto. Se usó este último para escribir castellano, sistema que recibió el nombre de *aljamia* (de *achami*, extranjero), denominación que se aplicó anteriormente al degenerado latín empleado por los muzárabes. Introducida primero en los documentos legales, se conservó tal costumbre durante la Reconquista, porque además del secreto que lo desusado de esa escritura garantizaba, acrecentaba su importancia el hecho de la misteriosa santidad aneja á los caracteres árabes. Pero lo peculiar de la *aljamia* es que dió lugar á una literatura especial, aunque modelada, como era natural, sobre la española (2). La mejor producción de esa literatura es el *Poema de Yusuf*, y es de notar que, tanto este poema como los primeros versos de otro del mismo género, de época mucho más moderna, rotulado *La Alabanza de Mahoma*, están escritos en el metro antiguo español de las *poesías de clerecía*. Así también el morisco aragonés Muhammad Rabadán escribe su poema cíclico en octosílabos castellanos, y en otras composiciones vemos endecasílabos evidentemente imitados de un

(1) Este fué también uno de los pensamientos de nuestro ilustre Raimundo Lulio, quien en 1275 obtuvo de Don Jaime II la creación de una escuela de lenguas orientales en Miramar (Mallorca). Merced á su solicitud fundó asimismo el Papa Honorio IV otra escuela semejante en Roma. Por último, el mismo Raimundo pidió en el Concilio de Viena de 1311 la fundación de colegios de idiomas orientales.—(T.)

(2) Sobre literatura aljamiada debe consultarse el *Discurso* de recepción de D. Eduardo Saavedra en la Real Academia Española. (Madrid, 1878.)—(T.)

característico metro galaico (el de *gaita gallega*). Los temas de los *textos aljamiados* están tomados sin reparo alguno de fuentes occidentales; así, el *Poema de Alexandre* es una versión orientalizada del francés; la *Historia de los amores de Paris y Viana* una traducción del provenzal, y la *Doncella de Arcayona* está basada en el poema castellano de *Apolonio*. En el *Cancionero de Baena* aparece Mahomat-el-Xartossi (1), sin su turbante, como un verdadero poeta castellano, y la tradición se continúa por aquel morisco anónimo de Túnez, que se muestra autoridad literaria juzgando las comedias y las poesías líricas de Lope de Vega.

Es, por consiguiente, erróneo suponer que los españoles del Norte, en su marcha hacia el Sur, tropezaron con gentes de mayor cultura y de civilización más refinada, cuyo idioma usual les era desconocido y que oraban á Cristo en la lengua de Mahoma (2). Si algo de esto hubo, sería en muy contados casos. No menos falta de base es la teoría según la cual el castellano nació de la fusión del clásico árabe del Mediodía con el bárbaro latín del Norte. En el Sur de España persistió el latín, como persistieron el griego, el siriaco y el copto en otras

(1) Vid. el núm. 522 de dicho *Cancionero*. Mahomat se titula médico del Almirante D. Diego de Mendoza.—(T.)

(2) Esta teoría acerca del indigenismo de la cultura cristiana ha sido sostenida entre nosotros, con gran caudal de erudición y no poco esfuerzo de ingenio, por el distinguido orientalista D. Francisco Javier Simonet, en su conocido *Glosario* y en su inédita *Historia de los mozárabes*. No nos parece, sin embargo, muy fundada. En la Edad Media, y tratándose de una misma época, la cultura y civilización de los árabes españoles fueron mucho mayores que las de los cristianos. ¡Cómo comparar el esplendor de la corte de Abde-rrahmán III, cuando la monja Hroswitha la calificaba de «ornamento del mundo», con la rusticidad de las de sus contemporáneos Ordoño II y García III! No hablemos de la influencia arábica en

provincias del Califato. En la escuela fundada en Córdoba por el Abad Speraindeo, Livio, Cicerón, Virgilio, Quintiliano, y aun Demóstenes, eran estudiados con tanto ardor como Salustio, Horacio y Terencio en las comarcas septentrionales. Concediendo el hecho de que el latín llegó á ser tan descuidado que fué necesario traducir la Biblia al árabe, no es menos cierto que el árabe mismo se vió tan olvidado, que Pedro el Venerable hubo de traducir el *Korán* para uso del clero. Por último, debe tenerse en cuenta que la variedad de romance que al cabo prevaleció en España no fué la lengua de los montañeses del Norte, sino el habla de los muzárabes del Sur y del Centro (1). Mucho antes de que «la espada de Pelayo se trocara en el cetro de los Reyes Católicos» (2), el triunfo lingüístico del Mediodía fué completo. El azar de la guerra pudo arreglar las cosas de otra manera, y (adoptando otra frase de Gibbon) (3), á pesar del Cid y sus secuaces, todavía hubiera podido ser explicado el *Korán* en las escuelas de Salamanca, y demostrarse en los púlpitos de la ciudad al pueblo circunciso la verdad y santidad de la revelación de Mahoma. Pero aconteció que los árabes fueron vencidos, y la lengua latina ó ro-

materia de artes é industrias (especialmente la agrícola), porque en ese terreno está suficientemente reconocida; pero aun en el literario y jurídico hay pruebas inequívocas de la misma. Para no hacer demasiado larga esta nota, me limitaré á referirme á dos importantes trabajos sobre la materia: el Discurso de recepción de D. Francisco Fernández y González en la Real Academia Española (Madrid, 1894), y el folleto interesantísimo de D. Rafael de Ureña y Smenjand acerca de *La influencia semita en el Derecho medioeval de España* (Madrid, 1898).—(T.)

(1) Nueva confirmación de la doctrina expuesta en la precedente nota.—(T.)

(2) *Decline and Fall*, etc., cap. LI.—(T.)

(3) *Idem* íd., cap. LII.—(T.)

mance sobrevivió en sus principales variedades de castellano, gallego, catalán y *bable* (asturiano).

Habíase ya bifurcado el latín francés en *langue d'oui* y *langue d'oc*, aunque estas denominaciones no fueron empleadas hasta fines del siglo XIII. Doscientos años antes de la derrota de Don Rodrigo, una horda española asoló el Sudoeste de Francia, y en un rincón meridional del Adour restableció el imperio de una lengua que había sido casi enteramente suplantada por el latín, y que sólo se conservaba en las provincias bascas y en Navarra. En el siglo VIII fué vengada esta irrupción basca. Los españoles concentrados en el Norte desocuparon las provincias orientales, que cayeron en poder de los del Rosellón, quienes extendiéndose por el Sur hasta Valencia y por el Este hasta las Islas Baleares, importaron una nueva lengua á la comarca oriental de España. El catalán, derivado de la *langue d'oc*, se distingue en *plá catalá* y *lemosí*, esto es, en lengua vulgar y lengua literaria. Vidal de Belasú, en su popular tratado *Dreita Maneira de Trobar*, llama á su propia lengua provenzal: *limosina* ó *lemozí*, denominación restringida en un principio al provenzal literario, pero entendida luego de un modo mucho más vago, cuando los catalanes consideraron igualmente sus composiciones como escritas en *lengua lemosina*.

El gallego, afín del portugués, aunque libre del elemento nasal introducido en este último idioma por los borgoñones, es considerado por algunos como la forma más antigua (pero seguramente no más viril) del romance peninsular. Fué cuando menos la primera en madurar, y merced quizás á la influencia de los modelos provenzales, el verso gallego adquirió mucho antes que el castellano la flexibilidad necesaria para los efectos métricos.

Por eso los poetas de la corte de Castilla, amantes de la perfección rítmica, se sintieron inclinados á hacer uso del idioma gallego en sus composiciones. Este elemento está muy bien representado en el *Cancionero de Baena*, y anteriormente en esa obra maestra que se titula *Cantigas de Santa María*, compuestas por D. Alonso el Sabio y recientemente publicadas con la esplendidez merecida, después de seis siglos de espera, por el insigne literato señor Marqués de Valmar.

A la hora presente no pasa el gallego de ser un simple dialecto, artificialmente conservado por los patrióticos esfuerzos de algunos poetas; pero su influencia literaria se ha extinguido, y las personalidades más notables de la región, como Doña Emilia Pardo Bazán, procuran naturalmente hallar un público más numeroso escribiendo en castellano. Asimismo el *bable* no es, en la actualidad, sino otro dialecto de poca importancia, aunque un poeta de singular encanto, Teodoro Cuesta (1829-95), ha escrito en ese dialecto versos que el leal pueblo asturiano no ha de dejar morir. La clasificación de otros subgéneros característicos, como el andaluz, el aragonés y el leonés, pertenece á la filología, y de todas suertes estaría fuera de lugar en la historia de la literatura, pues á la inversa del catalán y del gallego, no han aportado á la última nada de interés. Lo que en Italia y Francia aconteció, tuvo lugar también en España. En parte por causas políticas, y en parte también por la influencia de una cultura superior, la lengua de un determinado centro dominó á sus rivales. Así como Francia toma su idioma de París y de la Isla de Francia, y Florencia impera en Italia, así Castilla dictó la ley de su habla á todas las Españas. El tipo superior del español es, por consiguiente, el idioma castellano, que, como la forma más potente, ha sobrevivido á sus hermanas, extendiéndose, con in-

significantes variaciones, no sólo por toda España, sino por comarcas tan apartadas como Lima y Valparaíso al Oeste, y las Islas Filipinas al Este; de hecho «desde China al Perú» (1). Y el castellano de hoy difiere poco del de los primeros monumentos.

La más antigua referencia á una especial variedad del romance se halla en la vida de cierto San Mummo-lin (2), Obispo de Noyon, que sucedió á San Eloy en 659. Se alude ya al tipo español del romance en algún documento del año 734; pero su autenticidad es muy dudosa. La disolución del latín en España se observa ciertamente en el testamento del Obispo Odoario (3), con la fecha de 747. Los célebres juramentos de Strasburgo, el más antiguo de los documentos en romance, pertenecen al año 842; y en un edicto del 844, Carlos el Calvo menciona especialmente «la lengua usual» (*usitato vocabulo*) de los españoles (4). No hay, sin embargo, manuscritos españoles tan antiguos, ni existe monumento alguno que iguale en antigüedad á la italiana *Carta di Capua* (960). El Museo Británico posee un curioso códice procedente del convento de Santo Domingo de Silos, al margen del cual escribió un contemporáneo los vocablos vulgares correspondientes á unas cuatrocientas palabras latinas; pero este códice no es anterior al undécimo siglo. La Carta llamada *Fuero de Avilés* de 1155 (que no

(1) Alude á los versos:

«Let observation with extensive view
Survey mankind from China to Peru»,

que se leen en *The Vanity of Human Wishes*, obra de Samuel Johnson, insigne erudito y lexicógrafo inglés (1709-1784).—(T.)

(2) Confer: Iacobus Meyer, *Annales Flandriae*, I, 5; *Acta Sanctorum Belgii selecta*, IV, 403.—(A.)

(3) Vid. Risco: *España Sagrada*, XL, pág. 356.—(A.)

(4) Cf. Flórez: *España Sagrada*, XXIX, pág. 452.—(A.)

está en castellano, sino en *bable* ó asturiano), ha pasado, durante largo tiempo, por el monumento más antiguo del español, merced á la autoridad de González Llanos, Ticknor y Gayangos; pero Fernández-Guerra y Orbe, en opinión de muchos críticos, ha probado que se trata de una falsificación de fecha mucho más moderna (1).

Estas intrincadas cuestiones de autoridad y atribución pueden muy bien dejarse pendientes, pues al fin y á la postre, los documentos legales no son más que la osamenta, por decirlo así, de la literatura. La castellana data todo lo más del siglo XII. Aunque ningún documento castellano de extensión puede referirse á ese período, el *Misterio de los Reyes Magos* y la colección de *cantares* denominada *Poema del Cid* quizá no sean de tiempos más modernos. Estas obras no son, probablemente, otra cosa que restos de un naufragio literario.

No es de creer, en efecto, que las dos composiciones en verso castellano más antiguas sean precisamente las que conservamos, y es manifiesto que el *Poema del Cid* no debe de representar el primer esfuerzo en materia de poesía épica.

Sin duda hubo otros *cantares* anteriores, de menor extensión, que celebraban las proezas del Cid; por lo

(1) No deja de ser, sin embargo, bastante discutible la opinión de Fernández-Guerra. Su argumentación es ciertamente ingeniosa, pero no prueba suficientemente lo que se propone. Con el mismo procedimiento que emplea para demostrar la pretendida falsedad de la carta de Avilés, podría probarse la de otros muchos documentos medioevales perfectamente auténticos. Consúltese sobre esto el libro de D. José Arias de Miranda: *Refutación al discurso del Ilustrísimo Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y Orbe*. Madrid, 1867.

Sabido es que el profesor Gottfried Baist, distinguido editor del *Libro de la caza del infante D. Juan Manuel*, no cree tampoco que Fernández-Guerra haya demostrado la falsedad de la carta de Avilés, y entiende que ésta pertenece al siglo XII.—(T.)

menos es incuestionable que existieron cantos acerca de Bernaldo del Carpio y de los Infantes de Lara, que toscamente subsisten en párrafos de asonantada prosa de la *Crónica General*. Una falaz pero ingeniosa teoría sostiene que el poema épico no es otra cosa que una amalgama de *cantilenas* ó pequeños trozos líricos escritos en lengua vulgar. Pero de esta opinión lo menos que se puede decir es que supone demasiada credulidad.

Si hemos de juzgar por la analogía que otras literaturas ofrecen, podremos manifestar que así como el verso precede siempre á la prosa (por la misma razón que el hombre siente antes de reflexionar), así la épica hubo de preceder en todas partes á la forma lírica, con la posible excepción de los himnos. El *Poema del Cid*, por ejemplo, no revela señales de abolengo lírico; y es mucho más probable y lógico que los numerosos *romances* que se conservan acerca del Cid sean fragmentos de una leyenda épica, que no el que la composición misma sea un *pastiche* de poesías reunidas nadie sabe por qué razón, cuándo ó dónde, cómo ó por quién. Sea como quiera, la teoría de la *cantilena* es ociosa, puesto que ninguna de esas *cantilenas* se conserva, y no hay ni puede haber dato alguno que sirva de fundamento á una tesis tan bella como poco convincente. Falta de pruebas y de intrínseca verosimilitud, esta teoría descansa únicamente en afirmaciones atrevidas. Por eso la hipótesis de la *cantilena* está actualmente abandonada por todos, excepto por un grupo de fanáticos partidarios.

Las empresas bélicas constituyeron probablemente la primera materia de la poesía; y los narradores más antiguos de estas hazañas—*gesta*—morarían en la casa del caudillo. Cantaban para enardecer á los mercenarios en el combate, y conmemoraban algún afortunado pillaje en cantos como el de Dinas Vawr:

«Ednyfed, King of Dyfed,
 Mis head was borne before us;
 His wine and beasts supplied our feasts,
 And his overthrow our chorus» (1).
 («Ednyfed, Rey de Dyfed,
 Su cabeza era llevada delante de nosotros;
 Su vino y sus bestias abastecieron nuestros banquetes,
 Y su derrota nuestros cantos.»)

Pronto llegó á ser completa la separación entre guerreros y poetas: la división tiene lugar en el intervalo que media entre la *Iliada* y la *Odysea*. Aquiles mismo canta las proezas de los héroes; en la *Odysea* aparece el *αοιδός* ó cantor profesional, para ser sustituido por el rapsoda. Poco á poco, en España, como en otras partes, se desenvuelven dos clases de artistas, conocidos respectivamente con los nombres de *trovadores* y *juglares*. Los *trovadores* son, por regla general, autores; los *juglares* son meros ejecutantes (cantores, declamadores, farsantes ó saltimbanquis). Uno de los tipos de este segundo é inferior género ha sido inmortalizado por M. Anatole France en *Le Jongleur de Nôtre Dame* (2), hermosa refundición de la vieja historia de *El Tumboor*. Pero no es posible trazar una línea precisa y definitiva entre *trovadores* y *juglares*: sus funciones se confunden. Algunos *trovadores* se anticiparon ocho ó nueve siglos á Wagner, componiendo ellos mismos, aunque en menor escala, sus dramas musicales. Casos hubo en que compositores de

(1) Versos de Thomas Love Peacock (1785-1866), célebre poeta y novelista, amigo de Shelley.—Advierto, de una vez para siempre, que traduciré en prosa los versos del original inglés. Traducir en verso me parece un absurdo. Si de las versiones en prosa se puede decir con Cervantes que son tapices *vueltos del revés*, de las en verso bien puede afirmarse que son *otros tapices*.—(T.)

(2) Inserto en el volumen titulado *L'Etui de Nacre*, del mismo autor.—(A.)

excepcionales dotes dieron á conocer por sí propios la letra y la música de sus obras.

Los subgéneros fueron numerosos. Había *juglares* ó actores cantantes, *remedadores* ó farsantes, *cazorros* ó mudos con deberes indefinidos, semejantes á los de un inteligente «comparsa». *Juglares* de numen producen á veces una obra original; un infortunado *trovador* desciende hasta exponer las composiciones de sus más dichosos rivales; y un descarriado *remedador* lucha por el éxito como un *juglar*. Hubo *juglares de boca* (recitantes) y *juglares de péñola* (músicos). Los títulos oficiales inducen á veces á error; así, un «Gómez *trovador*», llamado de esa suerte en 1197 (1), no era probablemente sino un mero *juglar*. Lo corriente era que el *juglar* recitase los versos del *trovador*; pero, como hemos dicho ya, había ocasiones en que el *trovador* (por ejemplo, Alfonso Alvarez de Villasandino, en Sevilla, en el siglo xv) declamaba su propia obra. El *juglar* cortaba ó arreglaba luego el original para acomodarse al gusto del auditorio. Subordinaba los versos á la música y los mutilaba ó adicionaba con *estribillos* para adaptarles un aire popular. La monótona repetición de cláusulas y epítetos, común á toda poesía primitiva, era un medio empleado por el *juglar* para disminuir el trabajo de la memoria (2). La combinación más usual era la de que el *juglar de boca* cantase las palabras del *trovador*, acompañándole con algún sencillo instrumento el *juglar de péñola*, mientras que el *remedador* reproducía en acción la fábula.

La historia de la literatura primitiva es idéntica en

(1) Vid. Milá y Fontanals: *De la poesía heroico-popular castellana*, ed. Barcelona, 1896, pág. 412.—(A.)

(2) Fué asombrosa la labor de algunos. El alemán Wolfram von Eschembach compuso 20.000 versos; él mismo dice que no podía escribirlos, pero ¿acaso podía leerlos?—(A.)

todos los pueblos. Entre los griegos, el cantor desempeña un papel importante en el séquito del jefe. Sentado en alto sitial repujado de plata, entretiene á los huéspedes ó vela por la esposa de Agamenón, su patrono y amigo. Eso hace precisamente Femio cuando canta entre los pretendientes de Penélope. No siempre fué así. Bentley (1) ha dicho, con su habitual intencionado estilo, que «el pobre Homero, en aquellos lejanos tiempos y circunstancias, no tuvo nunca semejantes aspiraciones», esto es, las de una forma universal y eterna; y que «escribió una serie de cantos y rapsodias para recitarlos él mismo y obtener algunas ganancias y propinas en las fiestas y otras ocasiones de regocijo» (2). Estos encumbramientos y caídas tuvieron lugar en España como en los demás países. Sus primeros *trovadores ó juglares*, como Demodoko en la *Odysea* y como el *sennachie* de Fergus Mac Ivor (3), se contentaban con una copa de vino. «*Dat nos del vino, si non tenedes dinneros*», dice el *juglar* que canta las hazañas del Cid (4). Gonzalo de Berceo, el primer escritor castellano cuyo nombre ha llegado á nosotros,

(1) Ilustre crítico y humanista inglés (1662-1742).—(T.)

(2) Richard Bentley: *Works*, London, 1838, III, 304 (*Remarks upon a late discourse of Free-Thinking*).—(T.)

(3) Cf. Walter Scott: *Waverley*, cap. XX. Ahora que menciono á *Waverley*, recordaré que tanto esa obra como *La novia de Lammermoor*, *Kenilworth* y *La cárcel de Edimburgo*, fueron traducidas al castellano en el primer tercio de siglo por el consecuente liberal D. Pablo de Xérica. La versión del *Waverley* que tengo á la vista (Burdeos, 1835; cuatro vols. en 8.º) está precedida de un chispeante *Diálogo entre el lector y el traductor*. Doy estas noticias, porque no recuerdo que haga mención de esos trabajos de Xérica el señor Marqués de Valmar en su preciosa *Historia crítica de la poesía castellana en el siglo XVIII*.—(T.)

(4) *Poema del Cid*, verso 3.734.—(T.)

es asimismo el primer castellano que usa el vocablo *trovador* en sus *Loores de Nuestra Señora*:

«Aun merçed te pido por el tu trovador» (1).

Pero aunque sacerdote y *trovador* orgulloso de su doble oficio, Berceo no tiene inconveniente ni siente rubor en pedir su recompensa. En su *Vida del glorioso Confesor Sancto Domingo de Silos*, confirma la duplicidad de sus funciones calificándose de *juglar* del santo (2); y en la introducción del mismo poema manifiesta consiguientemente que su canto

«Bien valdrá, como creo, un vaso de bon vino» (3).

A medida que creció la popularidad fué disminuyendo la modestia. El *trovador*, como el resto de los hombres, cambió de carácter con la prosperidad. Llegó á ser el favorito de los reyes y nobles, y disputó sobre honorarios y gajes con el mismo espíritu mercantil que uno de «nuestros eminentes tenores». En un país rico como Francia, obtenía caballos, castillos, Estados; en tierra más pobre, como España, no se desdeñaba de aceptar, aunque con algunos reparos, *muchos paños é sillas é guar-nimientos nobres*. Se le mimaba como á un niño; se le obsequiaba con esplendidez y se le pervertía con la mejor buena voluntad por sus poco avisados favorecedores. No dejaban estos solo á Efraim; también ellos quisieron adorar sus ídolos. Alfonso el Sabio se alistó entre los *trovadores*, como antes lo había hecho Alfonso II de Aragón, y como á imitación suya hizo luego el rey Diniz de Portugal. Figurar entre los *trovadores* llegó á ser en ciertas

(1) Estrofa 232, verso 1.º, ed. Janer.—(T.)

(2) Vid. la estrofa 775, versos 1-2, ed. Janer.—(T.)

(3) Estrofa 2, verso 4.º, ed. Janer.—(T.)

casas grandes una tradición familiar. El famoso Condestable D. Alvaro de Luna compone, porque su tío Don Pedro, Arzobispo de Toledo, le había precedido en el arte. Alrededor de la imponente figura del Marqués de Santillana surgen rivales de su propia alcurnia: su abuelo, Pedro González de Mendoza; su padre, el Almirante Diego Hurtado de Mendoza, poeta truhanesco, malicioso, desvergonzado y de ingenio; su tío, Pedro Vélez de Guevara, que con la misma indiferencia y maestría escribe un canto picaresco que una obra devota. La casa de Santillana es, en suma, «una numerosa estirpe, contenta de sus muchos parientes» (1), pero, en todo caso, su ejemplo es una muestra de la moda imperante.

La comunicación con los magnates ilustrados perfeccionó las dotes del *trovador*; se esperaba que el docto artista fuese maestro en varios instrumentos, que supiese largas relaciones de novelesca poesía y que tuviese á Virgilio en las puntas de los dedos. Se fundaron escuelas en las que se enseñaba á los aspirantes á *trobar* y á *fazer* según principios clásicos, y su número se multiplicó hasta el extremo de que *trovadores* y *juglares* llegaron á ser dueños del país. Todo el mundo, grandes y chicos, viejos y jóvenes, nobles y plebeyos, apenas se ocupaba en otra cosa que en componer ú oír versos, como hace notar aquel errante *trovador* llamado Vidal de Besalú. Posible es que la anécdota más tarde referida por Poggio haya tenido realización: aludimos el caso de aquel

- (1) «For I am of a numerous house
 With many kinsmen gay,
 Where long and largely we carouse
 As who shall say me nay.»
 (Pues yo soy de una numerosa estirpe
 Con muchos parientes contenta,
 Donde largo tiempo y á nuestras anchas nos divertimos
 Y ¿quién me dirá que no?)

Tennyson, *Works*; London, 1881; pág. 126.—(T.)

buen hombre, tan embebecido en la narración de las proezas de Héctor, que pagaba días y días al charlatán que se la contaba, con objeto de que difiriese la catástrofe; pero, exhausta ya su bolsa, hubo de resignarse á escuchar con lágrimas el desenlace (1).

La afición á trovar llegó á ser tan pestífera é insoportable como su sucesora la caballería andante, pero aún tuvo aquélla más dilatada extensión. Alfonso de Aragón representa la tendencia en aquella célebre balada provenzal, en que afirma que ni la nieve, ni el hielo, ni el verano, sino Dios y el amor, son los temas de su canto:

«Mas al meu chan neus ni glatz
nom notz ni m'ajuda, estatz,
ni res, for Deus et amors» (2).

No todos podían esperar ser hechos caballeros; pero todas las clases sociales y personas de uno ú otro sexo podían cantar, y en efecto cantaron, de Dios y del amor. Al lado de príncipes y emperadores, vemos personajes de tan inferior categoría como Berceo, en España, 6, para extremar el ejemplo en otras tierras, el *Joculator Domini*, el inspirado loco italiano, Jacopone da Todí. Con el *juglar* anda errante la primitiva actriz, la *juglaresa*, mencionada en el *Libro de Apolonio* y tildada de «infame» en el Código Alfonsino de *Las Siete Partidas* (3). En el siglo XV, un excéntrico poeta de la corte de Don Juan el II, Garci Ferrandes de Jerena, casó con una *juglaresa*, y hubo de lamentar más tarde las consecuencias de ese acto en cierta *cántica* del *Cancionero de Baena* (número 555). En la Europa septentrional se hizo

(1) Cf. Poggio, *Facetiae* (ed. Lisioux), I, pág. 132.—(A.)

(2) Véase la *Chrestomathie Provençale*, de Karl Bartsch.—(A.)

(3) Confer. Partida IV, tít. 14, ley 3, y Partida VII, título 6, ley 4.—(A.)

célebre una corporación de joviales clérigos llamados Goliardos (á imitación de un fabuloso Papa Golías), que contaba entre sus maestros á Catulo, Horacio y Ovidio, y que manchó sus anacreónticas con blasfemias, como acontece en la *Confessio Goliae*, falsamente atribuída á nuestro Walter Map (1). La reputación que tenían esos clérigos se revela en aquel pasaje de los *Cuentos de Canterbury (Canterbury Tales)* (2):

«He was a jangler and a goliardeys,
And that was most of sinne and harlotryes.»
(«Charlatán y goliardo era el mancebo,
Cosa pecaminosa y deshonesta.»)

Y, si no el mismo tipo, otro semejante existía en la Península. Tal podría inferirse de la introducción y texto de cierta ley que prohíbe la ordenación de los *juglares*; y en el *Cancioneiro portuguez da Vaticana* (número 931), Estevam da Guarda se mofa de un *juglar* que habiendo recibido las órdenes sagradas en espectación de una prebenda que nunca obtuvo, se halló imposibilitado por su carácter sacerdotal de volver á sus antiguas mañas. Y, en efecto, ahí está la personalidad de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, nombre el más ilustre de cuantos registra la primitiva literatura castellana, que es un goliardo español pintiparado.

La prosperidad del *trovador* y del *juglar* no duró mucho. El primero de los *trovadores* extranjeros que llegó á España, el gascón Marcabré, trata á Alfonso VII (1126-57) casi como á un igual (3). Raimbaud de Va-

(1) Vide: Thomas Wright, *The Latin poems commonly attributed to Walter Mapes*; London, 1841, pág. 73.—(A.)

(2) Por Geoffrey Chaucer (p 1328-1400). Los versos citados se leen en *The Miller's Tale*.—(T.)

(3) Vid. el *serventesio*, que comienza

«Empereire, per mi mezeis
Sai quan vostra proeza creis.»—(T.)